
IRRUPCIÓN DEL PATRIARCADO Y PERVIVENCIA DE LA PRIMORDIALIDAD FEMENINA

LA TESIS DE BACHOFEN SOBRE EL DERECHO MATERNO

La historia de las teorías del matriarcado comienza con el abogado y arqueólogo de Basilea Johann Jakob Bachofen (1815–1887). Bachofen usó la palabra ginecocracia (griego 'gobierno de la mujer'), que era común en la antigüedad, alternativamente con los derechos maternos. Bachofen no utilizó el término matriarcado en sus escritos. Su principal obra de 1861, *El matriarcado: una investigación sobre el carácter religioso y jurídico del matriarcado en el mundo antiguo*, fue uno de los libros más influyentes de finales del siglo XIX y principios del XX.

Puntos de vista y hallazgos similares sobre la supremacía de las mujeres que inspiraron a Bachofen se encontraron en los trabajos de autores anteriores, pero Bachofen fue el primero en crear una teoría del desarrollo humano y cultural con *Das Mutterrecht*. Apenas notado durante su vida y en gran parte rechazado por la ciencia, después de su muerte, especialmente en Alemania, hubo una amplia y variada recepción por parte de autores de diferentes visiones del mundo, incluidos el socialismo, el nacionalsocialismo, el antifascismo, el feminismo y el antifeminismo, así como por autores de diversas disciplinas científicas, como la sociología y psicología, así como en literatura y arte. A través del movimiento de mujeres en la década de 1970, sus ideas sobre los derechos de la madre se abrieron camino hacia el conocimiento general. En 1967 se publicó por primera vez una selección de *Das Mutterrecht* de Bachofen en traducción al inglés y fue recibida por autoras feministas en los Estados Unidos.

Bachofen estaba convencido de que comprender la posición social de la mujer era fundamental para entender la cultura de cada época. Y asumió: "La historia de la raza humana está determinada por la lucha de los sexos". Su imagen de la antigüedad preclásica estuvo conformada por la posición central de la mujer. El enfoque de Bachofen es evolucionista. Combinó la idea de evolución con el simbolismo de género tradicional:

"Allá esclavitud material, aquí desarrollo espiritual; allá regularidad inconsciente, aquí individualismo; allá devoción a la naturaleza, aquí elevación sobre ella. El derecho materno viene de abajo, es de naturaleza ctónica y de origen ctónico; el derecho paterno, en cambio, viene de lo alto, es de naturaleza celestial y de origen celestial".

Para Bachofen la ginecocracia no era la característica de un pueblo civilizado, sino de una etapa cultural y el paso decisivo en el desarrollo cultural fue la transición de los derechos de la madre a los derechos del padre. Los hombres habrían gobernado debido a su superioridad física, contra la cual las mujeres eventualmente se rebelarían.

Bachofen usó el término ginecocracia, pero para él esto no implicaba la dominación de las mujeres sobre los hombres. Solo la exageración de la ginocracia llevó finalmente al fin de los derechos de la madre y a la victoria de los derechos del padre, que fue precedida por una fase de lucha entre las Amazonas y los héroes patriarcales helénicos y romanos. "La mujer extendió demasiado su poder, y los hombres lograron ganar la supremacía".

Bachofen consideró la victoria cósmica del espíritu masculino "apolíneo" sobre la naturaleza material-femenina y la ruptura con el culto de las madres tierra a través de la adoración de un trascendente Dios Padre celestial como avances elementales en la civilización: "La transición del derecho de la madre al derecho de padre también se produce en el desarrollo religioso superior de la humanidad."

Bachofen fue el primero en describir a las mujeres como creadoras de cultura y religión. Bachofen no puede ser considerado como el descubridor del matriarcado, sino como el descubridor de los mitos del matriarcado.

Bachofen extrae conclusiones sobre formas de convivencia social y dominio político a partir de ideas religiosas como el mito de la Madre Tierra como base de todos los seres. Además, de acuerdo con su época, Bachofen desarrolló una teoría de la evolución cultural, hoy ya superada, según la cual el derecho de la madre había sido sustituido por el derecho del padre, más desarrollado y más espiritual. Estudios etnológicos grupos étnicos de derecho materno (iroqueses y hopis en América del Norte, etc.) muestran formas de sociedad muy diferentes.

Estudios etnológicos prueban que la tesis de la existencia de un matriarcado transnacional es una visión eurocéntrica, que continúa un patrón de interpretación de las ciencias sociales europeas del siglo XIX. Bachofen hace una remitificación de un pasado en el que la moralidad femenina era el factor dominante.

LA CONTROVERSIA SOBRE EL MATRIARCADO

El término matriarcado se ha empleado con significados tan distintos que ha quedado prácticamente vacío de todo valor interpretativo. Al hablar de "matriarcado" hay que especificar primero el significado concreto que se le quiere dar a este término, pues detrás de cada significado se esconde una interpretación y una ideología. Los defensores de la existencia de un matriarcado en tiempos antiguos no han hecho nunca una definición del matriarcado similar a la planteada para el patriarcado. En muchos casos el término "matriarcado" ha sido usado para hacer referencia a la matrilinealidad, a la matrifocalidad o simplemente al sistema de herencia.

Según la acepción más vulgar, matriarcado significa el 'dominio de las mujeres': Organización social, tradicionalmente atribuida a algunos pueblos primitivos, en que el mando residía en las mujeres. Predominio o fuerte ascendente femenino en una sociedad o grupo. Sistema social y jurídico en el que se postula el principio según el cual el poder familiar y estatal es ejercido por las mujeres.

Pero si analizamos el vocablo en sí, vemos que está compuesto de dos palabras: la palabra latina "Mater" ('madre') y la griega "arché" (ἀρχή) ('principio' u 'origen'). Arché es un concepto fundamental en la filosofía griega que significaba el comienzo del universo o el primer elemento de todas las cosas (ἐξ ἀρχῆς: 'del principio', o ἐξ ἀρχῆς λόγος: 'la razón primordial, originaria').

El término griego Arconte (ἄρχων árkhon) significa 'gobernante', utilizado con frecuencia como el título de un determinado cargo público en un gobierno. Es el participio presente masculino del verbo que deriva de ἀρχ-, que significa 'dominar'. Derivado de la misma raíz provienen monarca, anarquía y jerarquía.

De modo que en el término griego tenemos dos significados: 'gobernar', 'mandar', 'regir', en el sentido de ser el primero en la jerarquía social; y, por otra parte, significa también 'comenzar', 'tener su origen', 'ser lo primero', 'el comienzo de todo'.

«La palabra griega "arché" tenía originalmente el significado de 'comienzo, inicio, origen', que aún hoy resuena en las formaciones de la palabra "arqueología" como ciencia de la antigüedad o en la expresión "arquetipos". Pero ya en la Grecia clásica, la expresión "arché" adquirió la connotación política de gobierno: así en el verbo "archo" para "mandar" y "archon" para "ser el primero, ser el líder".

Considero que esta diferenciación es necesaria porque, de lo contrario, puede extenderse el malentendido generalizado de que los matriarcados consisten en el "gobierno o dominio de las mujeres". Esto ya es una contradicción en los términos, porque en alemán "Herrschaft" el dominio de los "señores".» [Meier-Seethaler, Carola: "Matriarchatstheorie und feministische Geschlechterforschung: eine Positionsbestimmung", en www.theoriekritik.ch, 2019]

«No hay evidencia de sociedades en la que, existiendo una distribución desigual del poder entre hombres y mujeres, las mujeres tuvieran preeminencia sobre los varones; al contrario de lo que sucede en el patriarcado, donde los hombres son los que poseen preeminencia respecto de las mujeres. Las sociedades realmente existentes donde las mujeres tienen un lugar distinto al patriarcal son llamadas matrilineales, matrilocales o matrifocales.» [Wikipedia]

Muchos investigadores están de acuerdo en que, en la evolución de las sociedades humanas, el patriarcado estuvo precedido por clanes matrilineales, en los que sólo la madre podía reconocer a su propia progenie y en los que las relaciones de género eran relativamente

igualitarias. Podrían ser sociedades donde las mujeres y los hombres tenían funciones y derechos separados y socialmente establecidos, pero igualmente respetados.

«El matriarcado es un mito, si entendemos como matriarcado el reverso o polo opuesto del patriarcado. Nunca ha existido una sociedad en la que las mujeres oprimiesen a los hombres. Lo que sí que hubo, y todavía hay, son sociedades en las cuales el género no constituye un elemento estratégico en la arquitectura social» [Joan Manuel Cabezas López, antropólogo].

Robert Briffault (*Las madres - la mujer desde el matriarcado hasta la sociedad moderna*. Barcelona: Ediciones La Llave, 2001) fue el primero en darse cuenta de que el concepto de «matriarcado» esconde una gran complejidad. Aunque hayan existido gobiernos de mujeres, hoy sabemos que en las culturas donde predomina su influencia no hay que buscar un mando de la mujer, sino la prevalencia de valores femeninos como la colaboración, la maternidad y los vínculos afectivos. Mandar es un valor masculino, y allí donde domina la mujer no prima esta autoridad individual, sino la autoridad tribal colectiva que propicia la vida y la fertilidad en vez de la guerra, la muerte y otros valores propios del ideal heroico patriarcal.

LA "VIEJA EUROPA" PREINDOEUROPEA SEGÚN MARIJA GIMBUTAS



El Neolítico de la "Vieja Europa" (7000-3500 a.C.)

«La arqueóloga y lingüista lituana Marija Gimbutas (1921-1994), en su obra *El Lenguaje de la Diosa. El sistema simbólico enterrado de la*

civilización occidental (original en inglés 1989), vincula los hallazgos de excavaciones del Neolítico en lugares de Europa Central con estudios sobre mitología comparada, lingüística y la tradición etnológica posterior de estas áreas.

Según Marija Gimbutas, en sus obras *Diosas y dioses de la Vieja Europa*, (1974) y *La civilización de las diosas* (1991), en la "Vieja Europa", antes de la inmigración indoeuropea (a partir del 4500 a. C.), se rendía culto a una diosa que, como mujer que da a luz, soberana de la muerte y mujer que se renueva a sí misma, cubría todas las funciones importantes de la vida y no necesitaba un compañero divino (Gimbutas 1989: XIX-XXIII).

El orden social de las culturas agrícolas de Europa en el Neolítico y principios de la Edad del Bronce (6500-3500 a. C.), como en la Creta minoica, era gilánico (matrilineal y matrifocal): igualitario, pacífico, sedentario, sin símbolos de dominación masculina, y con mujeres como jefas de clan o reina-sacerdotisa.

Solo en la segunda mitad del quinto milenio esta cultura fue desplazada por la cultura kurgan protoindoeuropea de las regiones esteparias de la cuenca del Volga (en ruso "kurgan" significa túmulo funerario). Las características de la cultura kurgan son los entierros de hombres de alto rango en túmulos redondos con armas y ocasionalmente con miembros de la familia y mujeres, la cría de ganado y la domesticación del caballo, de lo que Gimbutas deduce una estructura social patriarcal.

Si bien los estudios arqueológicos de Gimbutas se reciben en su mayoría con aprecio, su interpretación fuertemente generalizada de las culturas europea antigua y protoindoeuropea y su religión es controvertida en varios aspectos: se critica, por ejemplo, que resuma hallazgos de excavaciones muy diferentes en Central Asia bajo la palabra clave cultura Kurgan, así como la domesticación del caballo como montura sin más evidencia.

Dado que los hallazgos del Neolítico pertenecen a una cultura sin escritura, Gimbutas entiende todos los elementos decorativos (por ejemplo, signos V, signos M, líneas en zigzag, líneas de agua, líneas ovaladas, pájaros) como símbolos que se refieren a una Gran Diosa y los interpreta con la ayuda de tradiciones etnológicas y mitológicas de fuentes escritas mucho más tardías.

Además, la imagen histórica universal de Gimbutas de un reemplazo de la cultura matriarcal por la patriarcal en el período 4500-3000 a.C. de ninguna manera hace justicia a la variedad de sitios, estructuras de asentamiento y fases de asentamiento. Hallazgos arqueológicos y textos del Cercano Oriente también desbaratan la tesis de la existencia de una sola diosa de Gimbutas, ya que dan fe de una multitud de deidades al principio, que estaban vinculadas a unas pocas figuras mediante la identificación en fuentes escritas (por ejemplo, Isis en la época helenística) o reunidas para formar una unidad en el monoteísmo judeocristiano.» [Christl M. Maier: „Muttergöttin“ (2008), en *Das*

wissenschaftliche Bibellexikon (WiBiLex), Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart.]

Según Gimbutas, la "Vieja Europa" abarca un área que incluye: Hungría, la ex Yugoslavia central y meridional, Bulgaria, Rumanía y Austria oriental. Se extiende hacia la antigua Checoslovaquia y norte de Polonia y, por el este, hasta Kiev, en Ucrania. Hacia el sur incluye el sur de Italia, Sicilia, Malta, Grecia, Creta, las islas Cícladas, Jónicas y Egeas, además de la región costera occidental de Turquía.

«Los conceptos de "Europa antigua" y "pueblo kurgano", carecen de evidencia científica. Gimbutas opera con una elección selectiva de fuentes, que se limita a los artefactos que asocia con la religión de la diosa que postula. No se mencionan otras fuentes, como las fortificaciones, que podrían poner en duda el supuesto carácter pacífico de su civilización matriarcal.

Los investigadores actuales tienen problemas con su visión de la desaparición de la "Antigua Europa" a través de la guerra y el genocidio. No ponen en duda que se produjo un cambio cultural en las culturas que Gimbutas agrupa bajo el término "Vieja Europa" durante el periodo en cuestión, pero detrás de esto hay que considerar todo un conjunto de factores: los procesos sociales internos, el agotamiento de los yacimientos de metales fácilmente explotables, así como el deterioro del clima, que habría modificado profundamente las condiciones de vida. En este contexto, parece demasiado simplista atribuir la cultura y el desarrollo histórico de una región que se extiende desde Italia hasta Siberia Occidental a la dinámica de dos bloques culturales opuestos. En las publicaciones de Gimbutas, la "Vieja Europa" es presentada como una especie de paraíso estático.» [Brigitte Röder: „Illusionäre Vergangenheitsaneignung" kontra "patriarchale Verblendung": Matriarchatsforschung und Archäologie in Deutschland", in *Archäologische Informationen* 21/2, 1998]

Las obras de esta arqueóloga y lingüista están plagadas de ideologismos de género y de ideas subjetivas.

EL MITO DE LA "GRAN DIOSA" SEGÚN MARIJA GIMBUTAS

A partir de los estudios y las investigaciones realizados sobre las culturas prehistóricas del Mediterráneo y centro y noreste europeo del Paleolítico superior y la Edad del Bronce, Gimbutas halló la diversa y compleja estructura de figuras simbólicas femeninas, de pequeñas dimensiones, así como la existencia del culto religioso, en una representación única y universal que denominó Gran Diosa. Según Gimbutas, el término Gran Diosa es el más adecuado, ya que engloba todas las posibles variantes en cuanto a las diversas representaciones y poderes atribuidos a la deidad.

Para Gimbutas el concepto de Gran Diosa no se identifica con el de la Diosa de la Fertilidad, el de la Madre Tierra y el de la Diosa madre, ya que estas forman parte del concepto de Gran Diosa que engloba todas las

posibles representaciones y facetas de la misma y solo describen una parte del papel de la figura principal.

La idea de la Gran Diosa se relacionaría con las representaciones de las diosas en otras culturas. Gimbutas establece este surtido de deidades femeninas en cuatro grupos de acuerdo con el significado simbólico de la misma: «Lo que da vida» donde se encuadran las representaciones del cuerpo de la mujer y aquellas relacionadas con la creación de la vida, bien fuesen representaciones humanas o animales. «La tierra renovadora y eterna», representación de las cuatro estaciones, la fertilidad, y a los seres humanos como parte de la naturaleza. «Muerte y regeneración», recoge a las diosas que quitan la vida y se representaron con formas de serpiente, perros, abejas o de aves. El último grupo engloba símbolos y signos que representan las energías, el tiempo.

Gimbutas asoció a la Diosa serpiente, presente en la cultura cretense, con la Diosa pájaro, símbolo de la energía y de los animales malignos del neolítico, como diferentes facetas de la Gran Diosa. Otras formas de representación de la misma diosa serían la diosa abeja, la de los animales, la del toro, incluso la dama del laberinto cuya representación fue una constante en el arte minoico. Gimbutas rechazó el concepto de la relación entre la diosa de la fertilidad con las diosas relacionadas con Venus, así como con las denominadas Diosas madre, Madre Tierra y Madre de los Muertos.

Sobre las sociedades matriarcales rechazó el uso del término matriarcal, ya que según sus estudios en ningún momento las sociedades en las que hubo una gobernanza de mujeres se impuso a las masculinas, ni hubo un dominio de estas sociedades sobre las otras. Sin embargo, el término fue empleado por ella, pero no con el significado que adquirió en tiempos más modernos, hecho que ha dado lugar a diferentes interpretaciones de los estudios sobre la Gran Diosa.

Con la llegada de los kurganes en el IV milenio a. C. el culto a la Gran Diosa quedó relegado a un segundo plano en las nuevas sociedades que fueron surgiendo. La tradición y el culto a esta Gran Diosa se ha mantenido, transformándose y evolucionado en algunas sociedades hasta tiempos contemporáneos, manteniéndose en las tradiciones, culturas y religiones.

EL MITO DE LA "DIOSA BLANCA" SEGÚN ROBERT GRAVES

Robert Graves (1895-1985) un libro titulado *La Diosa Blanca. Una gramática histórica del mito poético* (The White Goddess: a Historical Grammar of Poetic Myth), mezcla de ensayo mitográfico y compendio poético-antropológico. Publicado por primera vez en 1948, el libro se basa en artículos anteriores publicados en la revista literaria *Wales*; en 1948, 1952 y 1961 salieron ediciones revisadas, ampliadas y corregidas.

Según Graves, los primitivos dependían de la Tierra para todo: alimento, protección, abrigo. Advirtieron que toda la vida era creada a partir de los

cuerpos de las hembras, de modo que encontraron natural la idea de que existiera una figura todopoderosa creadora y femenina.

Publicado por primera vez en 1948, el libro se basa en artículos anteriores publicados en la revista literaria *Wales*; en 1948, 1952 y 1961 salieron ediciones revisadas, ampliadas y corregidas

Esta estaría desde tiempos remotos representada en sus tres facetas emblemáticas: como doncella, como matrona y como anciana. Y las hembras eran cabezas de sus sociedades, mientras que los hombres cumplían ciclos rituales como consortes o reyezuelos y eran sacrificados (más o menos simbólicamente) al término del año solar, pues como el Sol morían para renovarse a la manera del mito egipcio de Osiris e Isis. La Diosa es para el poeta no solo patrona, sino ama y señora que rige su inspiración y su acción, y Graves decía que el verdadero bardo era aquel que se entregaba en cuerpo y alma, las veinticuatro horas del día, a adorarla, de manera insobornable.

Graves propone la existencia de una deidad europea, la «Diosa Blanca del Nacimiento, el Amor y la Muerte», muy similar a la Diosa Madre, inspirada y representada por las fases de la Luna, quien se oculta tras los rostros de las diversas diosas de varias mitologías europeas y paganas.

Graves sostiene que la poesía «verdadera» o «pura» está inextricablemente ligada al antiguo culto-ritual de esa Diosa Blanca y su hijo.

Graves reconstruye lo que considera el lenguaje mágico de la Europa antigua mediterránea y septentrional, vinculado a ceremonias religiosas populares en honor a la diosa Luna. A lo largo del libro, relata cómo en Europa y Oriente Próximo existían culturas matriarcales que adoraban a una Diosa Suprema y que reconocían a los dioses masculinos solo como sus hijos, consortes o víctimas para el sacrificio. Estas culturas, según Graves, fueron eliminadas por la irrupción del patriarcado que arrebató a las mujeres su autoridad, elevó a los consortes de la Diosa a una posición de supremacía divina y reconstruyó mitos y rituales para ocultar el pasado.

DIFERENCIACIONES SOBRE LA IDEA DE LA GRAN DIOSA MADRE

Desde el siglo pasado se ha extendido la idea de la existencia de una Gran Diosa Madre en el ámbito mediterráneo. En época pre-indoeuropea habría una cultura generalizada en todo el entorno asiático-eggeo y en las islas mediterráneas en la que la figura central era la divinidad femenina, la Gran Diosa Madre, señora de la fecundidad, tanto de la naturaleza y como de los seres vivos, y fuente de la vida. La profesora alemana Christl M. Maier matiza esta tesis señalando que el término "Diosa" y "Diosa Madre" son términos genéricos que designan diferentes deidades femeninas en el Antiguo Oriente, con diferentes funciones y nombres.

«*Diosa* es el término genérico para varias deidades femeninas en el Antiguo Oriente que tienen diferentes funciones y nombres. Las diosas se

diferencian según sus tipos o apariencia, que pueden superponerse. Los nombres de las diosas, por otro lado, son secundarios y cambian entre diferentes pueblos en el curso de la historia.

En el Antiguo Oriente, las diosas, la sexualidad y las mujeres están íntimamente relacionadas. Sin embargo, la desnudez y la sexualidad tienen un significado diferente al del mundo occidental moderno. Las antiguas imágenes orientales utilizadas no son "arte" en el sentido de representaciones visuales, sino "imágenes de pensamiento" con un profundo simbolismo religioso. No son ilustraciones de textos, sino fuentes independientes que hay que explicar con conocimiento de su contexto.

Contrariamente a las tesis matriarcales generalizadas, también feministas, no existe simplemente la diosa madre, que luego fue expulsada por el dios masculino, sino numerosas expresiones diferentes de poderosas deidades femeninas. Los aspectos de poder, dominación, salvajismo, erotismo y maternidad se enfatizan de manera diferente en diferentes momentos.» [Christl M. Maier: „Göttin“ (2006), en *Das wissenschaftliche Bibellexikon* (WiBiLex), Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart.]

«No existe la diosa madre per se, que luego fue suplantada por el dios masculino, sino numerosas manifestaciones diferentes de poderosas deidades femeninas. El papel materno enfatiza las potencias de la generatividad y la concesión de la vida, y del alimento y el refugio. Se puede hacer referencia a las diosas como diosas madres cuya capacidad para dar a luz está en primer plano y que se representan con su bebé. Sin embargo, la mayoría de estas diosas, que a veces prescinden de un nombre específico, no asumen el papel de madre, sino que tienen otras funciones. Iconográficamente, la función materna de una representación o figurilla sólo se hace evidente cuando está presente un niño. [...]

Las representaciones de una mujer o diosa con un niño son raras en todo el material desde los inicios hasta la segunda mitad del primer milenio a. C. El útero se ha representado en forma de un signo Ω (omega) desde principios del segundo milenio. Este signo se asigna a las diosas madres Ninchursag y Nintu en Babilonia. También se encuentra en amuletos de sellos de la Edad del Bronce Medio del sureste de Anatolia (actual Turquía) y Palestina, que probablemente fueron depositados al lado de niños fallecidos.» [Christl M. Maier: „Muttergöttin“ (2008), en *Das wissenschaftliche Bibellexikon* (WiBiLex), Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart.]

Según Mircea Eliade, basándose en los trabajos de Gimbutas entre otros, el mundo religioso del neolítico europeo estaba conformado por "creencias y rituales relacionados con el misterio de la vegetación", así como con la relación de la mujer con la tierra y con las plantas y con el proceso de nacimiento-regeneración (iniciación).

Estas son las ideas que representan las estatuillas de la diosa. Sin embargo, según Eliade, esta diosa está asistida por una deidad masculina, representada por el toro y los bucranos.

La idea de Gimbutas de la existencia de una Gran Diosa, basada únicamente en la interpretación de las estatuillas, condujo a una interpretación unilateral de todo el resto de materiales y datos, al suponer que todas las esculturas, los relieves, las pinturas en vasijas, los edificios y santuarios tenían como objeto únicamente la glorificación de la Gran Diosa. Muchas figuras podrían ser en realidad un espíritu guardián o una deidad que se colocaba o adoraba en la casa.

«Además, está probado que las representaciones antropomórficas de dioses aparecen mucho más tarde: en el cuarto milenio a.C. en Mesopotamia. En Grecia el proceso de humanización de los dioses termina con Homero y Hesíodo "que crearon una genealogía de los dioses para los griegos, dieron a los dioses sus epítetos, clasificaron sus honores y responsabilidades y dieron forma a su figura" (Walter Buckert). Por lo tanto, aún es demasiado pronto para que haya diosas con características y funciones específicas, como cree Gimbutas.

La madre primordial (Gran Diosa de Gimbutas) no era el centro de un culto en el templo y, desde luego, no era una de las diosas con rasgos de carácter humano definidos, características de las primeras civilizaciones avanzadas o de la Grecia homérica. Aunque no hay pruebas de que se hubiera rendido culto a esta madre primordial, sí hay indicios claros de su importancia. La figura de una madre primordial, como ya aparecía en la Anatolia neolítica, también era conocida en Grecia. Sin embargo, no hay pruebas de un culto a esta madre primordial. Desde un principio, la religión griega se manifestaba en forma de acción religiosa.» [Ina Wunn, 1999]

«Sobre la existencia histórica del "dios astado", no existe consenso alguno. Eran innumerables culturas diferentes, que protagonizaban (más o menos a un tiempo) una etapa específica de la evolución religiosa y cultural de nuestra especie, en este caso, relativa a la cacería organizada y la recolección. El culto a las diosas madres fue una clase o tipo de religión, que se dio durante miles de años, pero no una religión en sí y menos una centralizada y organizada. La realidad es que, en el paleolítico, se dieron enésimos cultos relacionados con la Luna, la cacería y la fertilidad, pero no hay evidencia alguna de que los mismos estuvieran correlacionados o centralizados. "La Gran Diosa Madre", es un término antropológico para definir a un tipo de religión (o sea miles de cultos sin conexión comprobada entre sí) que se dio en el paleolítico tardío y en el neolítico. Así es como, actualmente, se entiende el problema en los medios científicos y académicos.

Existieron diosas "madres" en los tiempos neolíticos (y probablemente paleolíticos, pero no hay seguridad sobre esto último), antes de la instauración de la agricultura y la urbanización centralizada y la consecuente estructuración de panteones divinos y estratificación de los roles humanos. Estos cultos eran individuales, separados entre sí y sólo tenían en común la tendencia de adorar a una diosa madre como deidad principal (raramente única).

Las diosas de las civilizaciones y culturas antiguas no eran la degeneración de un culto inicial y único de una "Diosa Madre". Por el contrario, la evolución cultural y los siglos, fueron unificando cultos diversos y fusionando sus atributos en deidades de mayor importancia. Es erróneo pensar que los cultos paganos a deidades femeninas, se basan en una única deidad original y ancestral, más bien es lo contrario:

La moderna síntesis que hacen la Wicca y otras formas neopaganas, trata de tomar el legado de todos aquellos cultos y unificarlos en un sistema simple y accesible a todos.» [Oscar Carlos Cortezzi: "¿Existió una Gran Diosa Madre en la Prehistoria?" (2012). De la serie: [Paganismo: Falsos Conceptos](#)]

PRIMORDIALIDAD FEMENINA Y SUBORDINACIÓN MASCULINA

El hecho de que desde el paleolítico se haya extendido y conservado la idea de una deidad de la que surge la regeneración de la vida vegetal y animal, se basa en el hecho de que la vida comienza con la gestación en el seno femenino y el nacimiento.

El elemento femenino sería lo primordial, mientras que el masculino estaría supeditado a crecer en el seno materno, nacer a la vida y tras la muerte volver al seno materno para regenerarse, al vientre eterno y sus fases temporales (fases de la luna y los cambios estacionales).

El teorema de Anaximandro: "Todo lo que sale del origen tiene que volver a él", y el tiempo que se mantiene fuera del origen (vida) es un tiempo limitado, prorrogado, y el origen sigue ejerciendo su poder.

El elemento masculino está asociado al cambio: nacimiento – muerte – regeneración. El elemento femenino sería el garante de la estabilidad y permanencia de este proceso de transformación, de este movimiento. Sería la figura del "motor inmóvil", ideal de la filosofía griega.

Es conocido que, en las mitologías, las divinidades nunca mueren del todo, solo se transforman. La referencia a este proceso de transformación la veía el hombre en las fases de la luna.

La similitud de la cornamenta de algunos animales, como los cuernos del toro o los colmillos del jabalí, con una de las fases de la luna (media luna) fomentó la asociación del toro con el proceso de regeneración de la vida vegetal y animal: nacimiento, plenitud y muerte.

La muerte como última fase por la que tiene que pasar este proceso de regeneración. El toro quedó asociado a la muerte como condición para la regeneración de la vida vegetal y animal. Su fuerza generatriz asociada a la fecundación fue un elemento posterior y secundario.

Primordialidad de lo femenino-maternal no significa dominio de lo femenino sobre lo masculino (matriarcado) o 'dominio de las mujeres'.

La palabra "matriarcado" está compuesta del vocablo latino *mater* ('madre') y del griego "arché" (ἀρχή) ('principio', 'origen', 'la razón

primordial, originaria'). En Grecia se pasó a designar al gobernante como *arconte* (de ἀρχ-, que significa 'dominar', 'ser el primero en la jerarquía'). La primordialidad tiene la legitimidad que da la primacía del origen, una legitimidad que no necesita ser impuesta por la fuerza.

«La idea de la tierra como madre que produce plantas de forma independiente sin ser creada ella misma está muy extendida en la antigüedad. Se basa en la dimensión numinosa de las tierras de cultivo fértiles (hebreo 'ādāmāh; griego gē / Gaia) y las profundidades de la tierra (hebreo 'æræš, šə'ôl; griego *chthōn* / *chthonios*).» [Christl M. Maier, o. c.]

«En la región de Mesopotamia las diosas se cuentan entre las deidades más antiguas y algunos investigadores suponen una presencia de deidades femeninas que alcanzaría hasta la prehistoria, debido a que una gran parte de las esculturas que se han encontrado son femeninas, mientras que las esculturas masculinas más bien constituyen la excepción.

Existe controversia sobre si acaso la primacía de diosas está relacionada o no con el matriarcado social. Una comparación con culturas actuales que contemplan muchas diosas o entre las que existe un prominente culto a las deidades femeninas, muestra que estas "no son obligatoriamente sociedades en las que se aprecie a las mujeres y se les ofrezca oportunidades" (Fehlmann, Meret: *Die Rede vom Matriarchat*. Zürich: Chronos Verlag, 2011, p. 105).

Con la excepción de la Diosa del Sol hitita de Arinna, en la mayoría de las religiones de la antigüedad no existen diosas encabezando una jerarquía de deidades. Actúan frecuentemente como diosas de la fertilidad, figuras maternas, diosas de la tierra o también meramente "como complemento de su esposo sin templo propio".

La diosa acádica Ishtar – y correspondientemente la diosa Inanna sumeria y la diosa Astarte semita oriental – fue una diosa de la guerra, diosa madre y diosa del amor. Como se trataba de la diosa dominante, su nombre podía ser utilizado para nombrar a las diosas de manera general.

Las diosas de la tierra, de la fertilidad y otras similares fueron adoradas en todos los lugares donde vivían agricultores, desde Egipto, pasando por el Asia Menor hasta entre los celtas, germanos y eslavos. También en las culturas de los aztecas, mayas e incas se rindió culto a este tipo de diosas.» [<https://es.wikipedia.org/wiki/Diosa>]

EN LA MITOLOGÍA LAS DIOSAS NO MUEREN – SE TRANSFORMAN

«La mitología de los pueblos no conoce diosas (madres) que mueren y luego resucitan a la vida. Las mitologías muestran a diosas desmembradas; pero sus miembros siguen siendo materia viva en todas las esferas en las que y de las que ahora crece la vida: así, la desmembrada Tiamat y toda su especie se convierten ahora en las esferas individuales de la *natura naturans*, la naturaleza, que una y otra vez hace surgir naturalmente la naturaleza de sí misma. El cabello se convierte en bosque, los huesos se convierten en piedras, los diversos suelos se

forman a partir de las diversas carnes, las aguas surgen de las diversas aguas que este mismo ser primordial también tenía dentro de sí.

Una resurrección equivaldría a la muerte de los seres que aún viven de lo desmembrado, que sólo y realmente viven de lo desmembrado.

Mater semper certa, pater incertus: este concepto de la medicina forense ha sido para la mitología a lo largo de los tiempos algo natural: es la madre, la Gran Madre, la que no necesita pruebas; es el padre, la raza de los hijos que vuelven a ser padres, y siempre de nuevo la raza de los hijos, la que necesita pruebas.

Así en la historia de Heracles se da este tipo de prueba de Dios: lo que es paternal resulta ser inmortal; y lo que en realidad había garantizado la inmortalidad en la mitología se elimina, se quema, ya no desempeña ningún papel.» [Heinrich, Klaus: *Zivilisation und Mythologie III. Ovid, Metamorphosen – Vorlesung über Orpheus*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1981, p. 48-49]

MATER CERTA, PATER SEMPER INCERTUS

La existencia de las divinidades femeninas no necesita prueba, la de las masculinas, sí. Siglos enteros se ha debatido sobre las pruebas de la existencia de Dios, si se puede probar la existencia de Dios. En el Derecho Romano existía el principio *Mater certa est, pater semper incertus*, siempre está claro quién es la madre, no así en el caso del padre.

«El concepto de alianza del Antiguo Testamento tiene su límite en el hecho de que el fundamento impelente de la realidad [“Triebgrund”] se presenta exquisitamente –no sólo explícitamente– como masculino, es decir, la propia teoría de las pulsiones se presenta con una pretensión patriarcal.

Esto significa que tanto en la teoría de la pulsión-tierra misma se introduce no sólo el equilibrio de la tensión entre pulsión-tierra y pulsión-sujetos, sino un intento recurrente de liberar la tensión de género en la pulsión-tierra misma.

Los diversos desarrollos de la doctrina del *Deus absconditus* se caracterizan todos por el hecho de que intentan repetidamente inscribir la tensión intergenérica en el *abcondite*, y repetidamente intentan luego hacer desaparecer la tensión intergenérica en la teorización de este *abcondite*. Así, este exquisito masculino se aplica tanto al fundamento impelente de la realidad como al concepto de historia pulsional.

No solo el fundamento impelente de la realidad, sino también la historia pulsional, también la potencia pulsional, también la historia intelectual como historia pulsional sublimada tienen este límite de lo exquisitamente masculino.

Se puede ilustrar esto con un ejemplo: las discusiones sobre este Dios han terminado durante más de mil años en disputas sobre su demostrabilidad. Son pruebas de paternidad; las diosas no necesitan pruebas de paternidad. En la historia de las religiones no hay pruebas de la existencia

de la diosa, el problema es sólo cómo poder probar la existencia de Dios". [...]

El otro límite de este peligro de racionalización e irracionalización es el exclusivamente masculino, que aquí define el terreno pulsional de la realidad, del que se excluye su lado femenino:

El dios que luego, significativamente, también necesita pruebas su existencia, no la diosa, que nunca necesita prueba alguna de que existe; el dios que, con esta masculinidad exclusiva, en realidad siempre y en todas partes conjura conflictos padre-hijo.» [Heinrich, Klaus: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Tonbandaufzeichnung der Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Wintersemester 1978-1979, pp. 254; 276]

EL TORO Y EL MATRIMONIO SAGRADO (HIERÓS GÁMOS)

«Según Frazer, el monarca era sacrificado ritualmente para asegurar que no disminuyese la fertilidad humana, animal y vegetal con la debilitación de sus poderes. En un momento determinado, el toro sustituyó al rey y se sacrificó en su lugar.

Es extremadamente probable que la matanza ritual del toro por un sacerdote tuviese lugar en el mismo instante en que se celebrara el matrimonio sagrado entre la reina sacerdotisa y el rey sacerdote de Cnosos, puesto que ambos estaban asociados a la renovación de la vida.

A lo mejor un salto ritual previo sobre el toro, o un combate ritual contra él, era necesario para conferir el derecho al mando. El toro entonces se habría sacrificado en tanto que encarnación del antiguo ciclo, permitiendo que tuviese lugar el matrimonio sagrado.

La ceremonia nupcial se llevaba a cabo sin lugar a dudas con el ropaje y las máscaras del toro y la vaca, al igual que en Egipto. Al "casarse" la reina sacerdotisa con el rey sacerdote, ella se transformaba en diosa y él en su hijo-amante, y a través de esta unión se regeneraba la tierra.

Este matrimonio entre reina sacerdotisa y rey sacerdote era también una imitación en la tierra del matrimonio que tenía lugar en los cielos, cuando el sol y la luna regresaban, después de un ciclo de ocho años, a "la misma celeste cámara nupcial donde se encontraron por primera vez".

Solía relacionarse al toro con la luna a través de la forma de luna creciente de su cornamenta, como forma masculina de la diosa lunar. Tras su matrimonio sagrado, el amante ha de ser sacrificado para renacer de ella como su hijo, en la imagen de la renovación constante.

En todo el Próximo Oriente antiguo este sacrificio se representaba en el ritual de matanza del toro.

El sacrificio del todo constituía un acto propiciatorio para la fase oscura de la luna, del sol y del año, que garantizaba el regreso de la luz en el cielo y de la fertilidad en la tierra. [...]

Parece, pues, muy plausible que lo más importante de los rituales de Cnosos fuese el matrimonio sagrado, y este significado subyacente se transmite de forma implícita en la historia del Minotauro, a través del simbolismo de los nombres.» [Baring, 2005: 170-172]

«El combate con un toro impuestos al candidato a la dignidad de rey— aparece también en la fábula de Teseo y el Minotauro y de Jasón y los toros de Eetes que exhalaban fuego (véase 152.3).

Cuando la inmortalidad implícita en la dignidad de rey sagrado era ofrecida por fin a cada iniciado en los misterios de Dioniso, la captura de un toro y su dedicación a Dioniso Plutodotes («dador de riqueza») se convirtió en un rito común, tanto en Arcadia (Pausanias: viii.19.2) como en Lidia (Estrabón: xiv.144), donde Dioniso tenía el título de Zeus.

Su principal teofonía era como toro, pero también aparecía en la forma de un león y una serpiente.

El contacto con el cuerno del toro capacitaba al rey sagrado para fertilizar la tierra en nombre de la diosa Luna produciendo la lluvia; la explicación mágica era que el bramido de un toro presagiaba tronadas, para causar las cuales se hacía girar, en consecuencia, *rhombi*, o bramaderas.

También se lanzaban antorchas para simular los relámpagos y sugerían la respiración ígnea del toro.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. II, p. 151]

ORFEO ES DESPEDAZADO POR LAS MÉNADES



[Óleo sobre lienzo de Émile Jean Baptiste Philippe Bin, 1874]

Orfeo (Ὀρφεύς) sería, según una creencia bastante difundida, hijo de Apolo (o Eagro) y de una de las musas, Calíope.

Orfeo, al final de su vida, desdeñó el culto a Dioniso, del que antes presidía los misterios y consideró a Helios, su verdadero padre, a quien llamó Apolo, como el principal dios.

Por ello, mientras Orfeo se encontraba en el monte Pangeo esperando la salida del sol, Dioniso, celoso de Helios, envió a las ménades para que lo despedazaran.

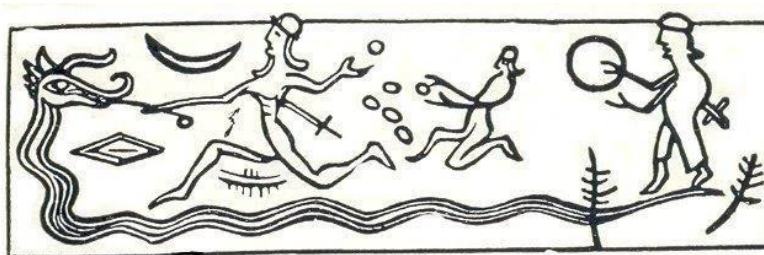
Pero unas ninfas reunieron sus pedazos y los enterraron en un lugar llamado Libetros, cerca del monte Olimpo. Mientras, la lira fue colocada por Zeus entre las constelaciones.

«El despedazamiento de Orfeo por parte de las mujeres de Tracia ha sido descrito como la supervivencia del ritual prehelénico de la ejecución del rey sagrado.» [Martín, René: *Diccionario de mitología clásica*. Madrid: Espasa Calpe, 2004]

Sin embargo, Klaus Heinrich propone otra interpretación:

«Las Ménades despedazan a Orfeo, que obviamente representa una posición contraria y que evidentemente se había apropiado de lo que era la prerrogativa de lo dionisiaco. Este Orfeo, cuando es despedazado por las Ménades, no sólo es castigado, sino que al mismo tiempo es autenticado como perteneciente a esta esfera. Pues en el momento en que es despedazado, vuelve a sufrir un destino dionisiaco. El interés por crear una contraesfera a través de la usurpación masculina de lo dionisiaco femenino se convierte en el acto de castigo y, al mismo tiempo, en una autenticación. Dionisio se queda con su boca dionisiaca, pero la lira de la pureza se coloca del lado de quien ahora defiende realmente la esfera de la segregación, es decir, Apolo. Y con razón se puede leer sobre el cuadro de Durero que lo representa: "der erst puseran", el primer pederasta.» [Heinrich, Klaus: *Zivilisation und Mythologie III. Ovid, Metamorphosen – Vorlesung über Orpheus*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1981. p. 125]

LA DIOSA PRIMORDIAL TIAMAT DE LA MITOLOGÍA BABILÓNICA



Marduk persigue a Tiamat (sello asirio del 800 a.C.)

Tiamat es la diosa primordial del "mar salado" perteneciente a la mitología babilónica, también asociada a un monstruo primordial del caos mencionada en el poema épico *Enûma Elish*. Ti significa 'vida' y ama, 'madre'.

«El *Enûma Elish* describe la violenta imagen de conquista que fijó el paradigma de la Edad del Hierro como época de conflicto entre la antigua mitología de la diosa madre y los nuevos mitos de los dioses padre arios y semíticos. Estos dioses padre luchaban por la supremacía en Mesopotamia, Persia, India, Anatolia, Canaán, Grecia, incluso en Egipto. Marduk fue el primer dios que derrotó a la diosa madre y tomó su puesto como creador de la vida.

El *Enûma Elish* sustituye la antigua imagen de la diosa lunar por el dios del cielo y el sol de manera tan radical que impide cualquier posibilidad de relación con el orden de consciencia anterior. La derrota de la diosa serpiente marcó el final de una cultura y también el final de un modo de percibir la vida, el neolítico, al que muy pronto iba a ser casi imposible acceder. La victoria de un dios solar crea un nuevo modo de vida, un nuevo modo de relacionarse con lo divino mediante identificación con la fuerza conquistadora del dios, con la victoria sobre la oscuridad que el sol logra con cada amanecer.

El mito valida, como dice Campbell, no solo un nuevo orden social, sino también una nueva estructura de pensamiento. Hemos llegado a un escenario mitológico que la mente racional, no mística, puede comprender sin ayuda donde el arte de la política, el arte de obtener poder sobre los hombres, recibió para siempre su modelo celestial. [...]

En el *Enûma Elish* ya está presente el germen de tres ideas principales que habría de conformar la época que estaba a punto de comenzar: la supremacía del dios padre sobre la diosa madre; el paradigma de oposición implícito en la lucha mortal entre dios y diosa; y la asociación de la luz, el orden y el bien con el dios, y el de la oscuridad, el caos y el mal con la diosa. Esto se expresó también en la polarización del espíritu y la naturaleza, de la mente y el cuerpo, la una, divina y buena, el otro "caído" y "maligno".

Esta oposición se extendió a la división en categorías de género de todos los aspectos de la vida, que después se polarizaron como entidades opuestas, enfrentadas, en lugar de seguir el modelo anterior de diferenciación y complementariedad. El aspecto "masculino" de la vida se identificó con el espíritu, la luz, el orden y la mente, que eran buenos; y el aspecto "femenino" de la vida se identificó con la naturaleza, la oscuridad, el caos y el cuerpo, que eran malos. A su vez, esta oposición, aprobada por decreto divino, condujo a la idea de la "guerra santa", la guerra de las fuerzas del "bien" contra las fuerzas del "mal", relacionada con dicha oposición.» [Baring, 2005: 330-333]

En la religión de la antigua Babilonia, Tiamat es una diosa primordial del mar salado, que se une con Abzû, el dios del agua dulce, para producir dioses más jóvenes. Ella es el símbolo del caos de la creación primordial. Se la conoce como mujer y se la describe como la reluciente.

Se sugiere que hay dos partes en los mitos de Tiamat, la primera en la que Tiamat es una diosa creadora, a través de un matrimonio sagrado entre sal y agua dulce, creando pacíficamente el cosmos a través de generaciones sucesivas. En el segundo Chaos, Tiamat se considera la encarnación monstruosa del caos primordial. Algunas fuentes la identifican con imágenes de una serpiente marina o un dragón.

ENÛMA ELISH – EL POEMA ÉPICO BABILÓNICO DE LA CREACIÓN

«Las raíces mitológicas de las tres religiones patriarcales derivan del poema épico *Enûma Elish*, conocido en todo el mundo antiguo. La historia más antigua en la que un dios héroe vence a un dragón es sumeria; sin embargo, el poema épico babilónico, más feroz, fue el que cautivó la imaginación de la Edad de Hierro. Originariamente, como sugiera Frazer, el poema pudo constituir la celebración mitológica de la llegada de la primavera en Babilonia, cuando el dios solar vencía a la gran serpiente o dragón, imagen de los ríos tortuosos y de las fieras inundaciones torrenciales del invierno que convertían la llanura babilónica en un caos acuoso. El dios encarnaba las fuerzas de la creación y la diosa serpiente

las fuerzas de la destrucción. La gran batalla entre ambos volvía a representarse cada primavera, cuando las fuerzas creativas y destructivas se enzarzaban y el resultado de su enfrentamiento parecía pender de un hilo. El pueblo esperaba, lleno de angustia, la aparición de la tierra seca entre las aguas y la confirmación de la victoria del dios en el cereal que comenzaba a brotar. El *Enûma Elish*, que significa 'cuando en lo alto', se recitaba anualmente para "ayudar" a la victoria del señor dios Marduk a derrotar al gran dragón serpiente Tiamat.

En este poema se hallan las pruebas más antiguas de la inversión completa de la mitología de la era anterior. En vez de sacrificar la diosa a su hijo-amante, es la diosa misma quien es sacrificada por un ser de su propia creación: el dios joven, su tataranieto.

Este poema épico narra la historia de cómo los dioses fueron creados por la madre y el padre primigenios, Tiamat y Apsu; cómo surgió el conflicto entre la nueva y la vieja generación; y cómo la vieja generación acabó siendo depuesta por la joven. Marduk empieza a establecer un nuevo orden de creación.

La nueva imagen mítica de la Edad del Hierro es la del dios héroe solar que se enfrenta a mata al voraz dragón de la oscuridad y el caos. Parece que esta imagen surgió como un mito fundamentalmente bélico cuando la cultura indoeuropea (aria) se estableció en Mesopotamia, India y Grecia. También se encuentra en Canaán, la mayoría de cuyos asentamientos eran semíticos y no arios. El paradigma de oposición del *Enûma Elish* influyó de forma marcada en las culturas hebrea, persa y griega.» [Baring, 2005: 330-333]

LA IRRUPCIÓN DEL PATRIARCADO Y LA HEGEMONÍA MASCULINA

«En fase ya histórica, tenemos las *civilizaciones primitivas*, que viven de la mera colecta. En otra zona tenemos lo que los etnólogos llaman *civilizaciones primarias*, donde no se vive solamente de la colecta, sino que el hombre vive de una "producción". Y esta producción necesaria para su vida implica esencialmente la versión hacia la ultimidad, hacia las cosas últimamente decisivas para su existencia. Los antiguos cazadores fueron los que dieron predominio en su vida religiosa al poder del sol. Consideraron al sol como dios. En estas civilizaciones nació el totemismo, la idea de unos vínculos de sangre con algún animal sagrado.

La civilización de *los pastores nómadas* no confía más que en el cielo raso, a través del desierto y de las grandes estepas. *Es el cielo el que dirige sus pasos*. Es la *religión del dios del cielo*, unida de una manera especial al culto de los muertos, y frecuentemente asociada a otra diosa que germina en otras civilizaciones en forma de diosa madre, que es la Tierra Madre, de donde se formó precisamente la pareja del Dios *Pater* (Júpiter) y *De-Meter*, la Diosa Madre, la Gran Diosa. Zeus *Pater* (griego: Ζεύς πατήρ), del indoeuropeo **dyeu-pater* ('padre cielo'), como en el caso del *Iupiter*

romano, del *Dyaus-Pitr* védico, del *Dai-patures* ilírio, *Zeus-Papaios* escita, etc.

Tenemos, además, la civilización de los agricultores. Y esta civilización se fija precisamente en la Luna y en la Madre Tierra; es en ella donde brota el animismo, que lejos de ser un fenómeno universal, está muy acantonado a este tipo de civilizaciones. Las cosas vivas están referidas no solamente aun principio indiferenciado, sino que constituyen un todo solidario en la estructura misma de su inter-germinación. Es la Tierra-Madre.» [Xavier Zubiri: *Sobre la religión*. Madrid: Alianza Editorial, 2017, p. 74 ss]

Los pueblos indoeuropeos llegan y se van asentando en al área del Egeo. Con ellos traen un dios supremo, Zeus, que se tiene que enfrentar a los cultos locales centrados en divinidades femeninas. La mitología griega refleja cómo la primordialidad femenina se enfrenta a la pugna de la hegemonía masculina de la nueva religión olímpica indoeuropea centrada en el dios supremo Zeus. La nueva familia de dioses habita en el monte Olímpico.

Zeus, considerado ya "padre de todos los dioses y de todos los hombres", se comporta como un un caudillo aqueo que va sometiendo a su poder a todas las deidades y creando su mundo olímpico. No le fue fácil adueñarse del poder de todas las divinidades femeninas locales. De algunas se apodera por la fuerza. En otras ocasiones, mediante el matrimonio sagrado (*ierós gamós*) con alguna diosa local.

«El nombre de la diosa Hera, que significa 'señora', no es indoeuropeo como el de Zeus. Hera parece acompaña de serpientes, leones y aves cuáticas, lo que le otorga un linaje más antiguo que Zeus.

El nombre de Zeus es indoeuropeo y deriva de la palabra *deiwos*, que significa 'cielo', el mismo nombre aparece en el *Diespiter* (Júpiter) romano, en el dios indio del cielo *Dyaus Pita*, y en el término germánico *Tuesday* ('día de Thor').

La misma raíz aparece en el griego *eudía* (εὐδία), 'buen tiempo', 'sereno'; en el latín *deus* 'dios' y *diez* 'día'. Zeus aparece junto con otros, como el padre del cielo, bajo la imagen del luminoso cielo diurno. A esta se añaden imágenes de tormenta: la de aquel que reúne las nubes, la de aquel que ama los rayos y los truenos.

Todas sus epifanías son espectaculares: brilla como el sol, cae como lluvia dorada, arroja sus rayos, hace resplandecer sus relámpagos y junta las nubes negras al fruncir el ceño. El águila que vuela en las alturas manifiesta su presencia, como el halcón manifiesta la de Horus egipcio.

Este rasgo de fogosidad vinculaba para los griegos a Zeus no con el inicio del mundo, sino con el inicio de su propio tiempo, el nuevo tiempo que los definía como griegos. Por de pronto, la victoria de Zeus sobre los gigantescos titanes supone ponerle límites a la inmensidad.

Con Zeus dio comienza una nueva era desposeyendo a las diosas locales anteriores de sus funciones y esferas de influencia.» [Baring, 2005: 370 ss]

Las Moiras (Μοῖραι Moîrai 'repartidoras'), personificaciones del destino, eran temidas y respetadas por los dioses. El mismo Zeus estaba sujeto a sus designios, según palabras de la sacerdotisa pitia de Delfos. Los dioses eran solo "funcionarios del destino".

Apolo se convierte en rey oráculo sólo al usurpar Delfos. Primero mata a la Delphynē (Δελφύνη), con el elocuente nombre de "matriz", para apoderarse del santuario de la madre tierra Gaia, pero la Gran Madre Tierra es originalmente la única que tiene poder profético y Apolo seguirá dependiendo del poder de lo que ha intentado eliminar para poder ejercer como dios oráculo.

El elemento masculino ctónico ('perteneciente a la tierra', 'de tierra'), antes destinado a morir para garantizar la regeneración de la vida, en el nuevo patriarcado lo masculino muere, pero no para renacer y regenerar la vida, sino que desprende de la "materia" (*mater*) y se convierte en espíritu, se diviniza, y puede pasar a formar parte de la comunidad de dioses en el Olimpo, como en el mito de Herakles o Hércules.

Las diosas como poder originario

Jenófanes de Colofón (570-470 a.C.) fue el fundador de la escuela eleática (en la ciudad griega de Elea, en la costa sudoccidental de la actual Italia), a la que también pertenecieron Parménides de Elea y Zenón de Elea.

Jenófanes suscitó una importante polémica en torno al politeísmo y la concepción antropomórfica que los griegos tenían de los dioses. Se burló de Hesíodo y Homero por cuanto, según él, habían transferido a los dioses los peores atributos de los hombres, y propuso sustituir esta concepción tradicional por la idea de un dios único, indivisible, de naturaleza radicalmente distinta a la humana.

En la concepción de Jenófanes, dios es todo ojos, todo oídos, todo conocimiento, todo logos (razón), no creado e inmortal.

«Este dios único del que habla Jenófanes no se mueve, no cambia de lugar, pero lo controla todo: es todo ojo, todo pensamiento y todo oído. El ojo y el oído ayudan al pensamiento, el ojo y el oído son aquí las facultades de control. Y el pensamiento es la facultad con la que lo sacude todo, y lo hace sin esfuerzo, donde *pónos* significa tanto el esfuerzo como el trabajo enajenado.

No se puede decir del dios de Jenófanes que haya surgido, que haya tenido un origen, pero a renglón seguido Jenófanes dice que todo debe volver a la tierra. Así, el poder femenino del origen, que aquí se descalifica como un mero poder de retorno, está sin embargo presente en tal misterio filosófico.

Jenófanos, después de presentar a este dios masculino, no puede evitar decir: ek gaíes gàr pánta kai eis gen pánta teleutai (ἐκ γαίης γάρ πάντα καὶ εἰς γῆν πάντα τελευτᾷ) - fuera de Gea y dentro de Gea, es decir, todo se mueve hacia su meta (Frag, 27). El hecho de que la tierra sea aquí reducida a una mera sustancia material muestra, sin embargo, que, en el fondo de este hechizo defensivo, que aquí se ejemplifica para la filosofía griega en el concepto del Dios Único de Jenófanos, subyace el misterio demétrico no menos que el dionisiaco con su conmovión específica.» [Heinrich, Klaus: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Tonbandaufzeichnung der Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Wintersemester 1978-1979, p. 101; 115]

Las diosas y los diversos niveles de civilización

El tema de los misterios es la productividad femenina.

El término "misterio" deriva del latín *mysterium*, del griego μυστήριον *mystérion* (por lo general, como el plural *musteria* μυστήρια), y en este contexto significa 'secreto, rito o doctrina'. El *mystes* "uno que se ha iniciado" (de *myein*, cerrar), una referencia al secreto (cerrar "los ojos y la boca"), ya que sólo al iniciado se le permitía observar y participar en los rituales. En esta representación mística, el iniciado recibe información simultánea de tipo intelectual, emocional y física.

En Grecia el proceso de humanización de los dioses termina con Homero y Hesíodo "que crearon una genealogía de los dioses para los griegos, dieron a los dioses sus epítetos, clasificaron sus honores y responsabilidades y dieron forma a su figura" (Walter Buckert).

«La especialización que encontramos en el mundo de los dioses griegos es la especialización en *technai* (esto es lo que dice directamente Heródoto). Las distintas *technai* (τέχνη *téchnē* 'arte': conjunto de preceptos y reglas necesarios para hacer algo) asignadas a los dioses son, al menos en el mundo griego de los dioses, representadas preferentemente por divinidades femeninas.

Zeus, después de haberse tragado a *Metis* (para que, como representante de la prudencia femenina, no se volviera contra él) y hacer nacer de su cabeza a Palas Atenea, a cada uno de los dioses y diosas sus *timai* 'honores', para que no haya envidias ni disputas. Pero estos 'honores' representan diferentes etapas de la civilización de la prehistoria.

Así, a Atenea le corresponde la cultura del olivo, no sólo el tejido y el hilado; así, a Deméter le corresponde la agricultura, que se complementa con la cría de cerdos (cazadora de cerdos era quizás el nombre de su hija, Perséfone, que fue robada por Hades y reapareció); a Juno le corresponde la cría de grandes animales, rebaños de ganado y manadas de caballos; a Afrodita le corresponde, muy probablemente, el cultivo de jardines con plantas frutales; a Artemisa, por supuesto, le corresponde la civilización

cazadora de una época prehistórica posiblemente aún más temprana en comparación con las otras zonas.

Así, la prehistoria de cazadores-recolectores, la potente agricultura con la cría de cerdos, la cría de ganado a gran escala, la cultura hortícola, la cultura del olivo, infinitamente importante para todo el Egeo: todas estas son etapas de la civilización.

Ahora se asignan a estas diosas como reinos bajo el dominio de los violentos dioses elementales que aparecen con gestos amenazantes que, sin embargo, se insertan en el orden cósmico o lo representan: provocando terremotos y maremotos, como hace Poseidón; encarnando la meteorología en su manifestación violenta, como hace Zeus (es decir, todos los terrores y acontecimientos de los cielos, hasta el rayo, que está a su entera disposición); o el frenesí ciego; o el cambio de los astros, al que hay que atribuir probablemente a Apolo como potencia ordenadora, que, al igual que el astro diurno sale de las puertas del cielo y cambia y vuelve a salir, así también regresa siempre de la tierra de los hiperbóreos.

Así pues: todas estas fuerzas elementales se erigen en la cultura patriarcal como señores sobre las deidades maternas, a las que desplazaron desde el primer momento y luego volvieron a reconocer como más o menos iguales, aunque bajo el gobierno real de Zeus. Ya no son las antiguas dignidades que tenían antes las diosas, sino que estas dignidades tienen ahora legalidad al ser legitimadas por segunda vez, por Zeus.

Pero lo que encarnan las deidades madres no es tanto la fecundidad general o el poder creativo general de la vida, sino que son estadios de civilización específicos-generales, es decir, desiguales, cada uno de los cuales se asigna a una *techne*; y estas *technai* se hacen simultáneas al recibir iguales *timai*, iguales 'honorés', cuando Zeus concede las dignidades a todos los dioses (ambos relatados por Heródoto). [...]

Ahora se asignan los *technai*, ahora se regula quiénes son los héroes fundadores, los héroes de la civilización. Ahora los dioses vuelven a atribuirse explícitamente sus *technai*, que siempre han gobernado, de modo que ahora ya no puede surgir ninguna disputa entre ellos.

Y esto es, en efecto, más que necesario, pues precisamente las deidades de la civilización por excelencia, que son reconocidas como tales por la sociedad masculina minoico-cretense, son deidades femeninas.

Y en la medida en que cada una de ellas fue en su día una Gran Diosa, la señora por excelencia ($\Delta\acute{\epsilon}\sigma\pi\omicron\iota\nu\alpha$ – despoina 'señora', derivado del griego micénico **des-potnia* 'señora de la casa'). Cada una de estas diosas fue invocada en su día como *despoina* en el culto y todas ellas fueron variaciones de la deidad femenina de culto supremo o deidad de culto más primigenia.

Ahora, bajo el régimen patriarcal se les asigna, por separado, esferas o niveles de civilización, pero quedan subordinadas a las artimañas y argucias del régimen patriarcal de Zeus, en parte el padre y, en parte, el

hermano mayor.» [Heinrich, Klaus: *Anthropomorphe. Zum Problem des Anthropomorphismus in der Religionsphilosophie*. Frankfurt am Main: Stroemfeld, 1986, p. 106-108; 124-131]

Se trata, pues, de técnicas reproductivas venerables que son competencia y responsabilidad de los dioses y las diosas. Así, la asignación de la cría de ganado a gran escala a Hera; la asignación de las plantaciones de olivos, por ejemplo, a Atenea; la asignación de algunos de los cultivos y de la cría de cerdos a Deméter y a su hija Perséfone, la "matadora de cerdos".

Metis, Zeus y Atenea

En la mitología griega Metis era la hija de Océano y Tetis y una de las 41 Oceánides más antiguas. Fue la primera esposa que tuvo Zeus. Metis (μήτις) significa 'astucia' o 'sabiduría', 'habilidad', 'destreza'. En sentido negativo, Metis significa artimaña, por eso su poder de metamorfosis. Simboliza la prudencia y, en el mal sentido, la perfidia y la astucia. Tiene la capacidad de anticiparse a lo que sucederá, con la sola virtud del pensamiento.

Metis, a instancias de Zeus, dio al padre de este, Crono, el emético (brebaje que provoca el vómito). Tras ingerir este brebaje, Crono vomitó a los hijos que previamente había devorado.

Zeus intentó seducir a Metis, pero esta, al principio, lo evitó metamorfoseándose, pero al final cayó en las redes de Zeus, quien la convirtió en su primera esposa.

Metis quedó embarazada de Zeus, quien para impedir que se cumpliera la profecía de que los hijos de Metis serían más poderosos que su padre, y siguiendo el consejo de Gea y Urano, Zeus engulló a Metis cuando estaba embarazada de Palas Atenea.

Según Píndaro, Hefesto, el dios de la forja y de los herreros, abrió la cabeza de Zeus con su hacha minoica de doble filo, la *labrys*, y Atenea saltó de la cabeza de Zeus ya adulta y completamente armada, «y llamó al ancho cielo con su claro grito de guerra. Y Urano tembló al oírlo, y la Madre Gea (o Gaia)».

Los dioses como meros funcionarios del destino (*Moira*)

En la mitología griega, las Moiras (en griego antiguo, Μοῖραι Moîrai 'repartidoras') eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las Parcas o Fatae (en latín *Parcae*) las personificaciones del *Fatum* o destino. Controlaban el metafórico hilo de la vida de cada mortal e inmortal desde el nacimiento hasta la muerte.

En principio, las Moiras eran concebidas como divinidades indeterminadas y abstractas, quizá incluso como una sola diosa. En la *Ilíada* de Homero se habla generalmente de "la Moira", que hila la hebra de la vida para los hombres en su nacimiento (μοῖρα κραταιή, moîra krataié: 'poderosa Moira').

Las Moiras también eran temidas y respetadas por los dioses. El mismo Zeus estaba sujeto a sus designios, según palabras de la sacerdotisa pitia de Delfos. Hesíodo se refería a ellas como «las Moiras, a quienes el sabio Zeus respetó con los mayores honores», aunque ninguna obra clásica precisa hasta qué punto exacto los propios inmortales estaban sometidos a sus dictámenes.

Para Esquilo, Heródoto o Platón, que consideraban a Zeus concedor y administrador del destino de los hombres en tanto soberano del orden establecido, pero no decisor último del mismo.

En efecto, tanto él como el resto de inmortales podían dispensar al ser humano dichas, aflicciones, recompensas y castigos; pero a menudo éstos no harían sino responder a lo ya establecido de antemano por las Moiras.

En cualquier caso, lo que cada hombre podría o no conseguir a lo largo de su existencia, el límite temporal a ésta y su finalidad predeterminada eran competencia exclusiva de esta trinidad.

«Hay una frase que, según Heródoto, Apolo pone en boca de su sacerdotisa oráculo, la Pitia. Cuando Kroisos cayó en el cautiverio persa, pero finalmente fue sacado de su pira funeraria, pidió a Ciro que le permitiera enviar sus grilletes a Delfos para reprochar al dios allí adorado sus engañosas profecías, que le habían hecho caer en manos de los persas.

Pregunta si es habitual que los "dioses griegos" sean ingratos y engañen. La respuesta que recibe de la Pitia no se limita al hecho de que a todos los seres humanos les toca enfrentarse al destino: le asegura que ni siquiera los dioses se encuentran en una posición feliz o envidiable frente al destino, porque no están por encima de él, sino que son meros funcionarios del mismo.

En las primeras concepciones de los griegos se puede hacer un descubrimiento que, en efecto, necesita ser dilucidado: que depende exclusivamente de la Moira que la *dýnamis* (δύναμις 'fuerza') de los dioses pueda actualizarse o no.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld Verlag, 2000, p. 53]

Apolo se apodera de los oráculos de Delfos

En la práctica, los oráculos de la diosa en Delfos siempre se consultaban a través de sus sacerdotisas, sentadas junto a grietas abiertas en la tierra de las que emanaban vapores. Todos los dioses de Delfos (Poseidón, Dionisio y Apolo) siempre tuvieron presente que Pitia (nombre procedente de Pitón, el dragón que Apolo mató) estuvo allí primero.

«Desde el punto de vista de historia de la cultura, Apolo es como adversario de Dionisio, entre otras cosas porque, en contra de esa Gran Madre y muy real religión de las mujeres que representan los misterios dionisiacos, comienza su labor con la conquista del santuario de la Madre Tierra en Delfos, donde mata a flechazos esa serpiente que lleva el

nombre matriz o útero; luego se convierte en el patrón de la homosexualidad, del amor de los mancebos en general, y como tal en el patrón de la filosofía en la tradición griega clásica.» [Heinrich, Klaus: *Zivilisation und Mythologie III. Ovid, Metamorphosen – Vorlesung über Orpheus*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1981, p. 87-88]

«Apolo se convierte en rey oráculo sólo al usurpar Delfos. A primera vista, lo hace, en efecto, con la contundente violencia de la sociedad griega patriarcal: mata a la Delphynē (Δελφύνη), esta dragona con el elocuente nombre de "matriz", para apoderarse del santuario de la madre tierra Gaia.

Apolo desplaza a la madre tierra, pero no puede apoderarse triunfalmente de su santuario, sino que sigue dependiendo de ella o de su sacerdotisa. Y a partir de esto vemos que lo que ha sido reprimido vuelve en el contexto cultural.

Debe rendir homenaje a la Gaia, la Gran Madre Tierra, que originalmente es la única que tiene poder profético, no sólo adoptando el inventario de culto ctónico con el manantial y la hendidura en la roca de la que se filtra el vapor, sino sobre todo adoptando a la sacerdotisa oracular de la Gaia, la Pitia, cuyo nombre serpentino recuerda la ley materna.

Apolo, que como dios exclusivamente masculino se convertirá en el patrón y protector de los filósofos, sigue dependiendo del poder de lo que ha desplazado para poder ser eficaz como dios oráculo en absoluto.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld Verlag, 2000, p. 69]

Algunas diosas fueron desposeídas de sus atribuciones

La diosa Hera y el control de los vientos: Los vientos eran originariamente propiedad de Hera y los dioses varones carecían de poder sobre ellos. Ciertamente, en el relato de Diodoro, Éolo solo enseña a los isleños el uso de las velas en la navegación y predice, por señales que ve en el fuego, qué vientos soplarán.

El control de los vientos, considerados como las ánimas de los muertos, es uno de los privilegios que los representantes de la diosa Muerte se han mostrado más renuentes a abandonar.

Pero los dorios habían sido muy concienzudos: ya en la época de Homero habían elevado a Éolo, el antepasado epónimo de los eolios, a la categoría de divinidad secundaria, poniéndole al cargo de los vientos, sus compañeros, a expensas de Hera, pues las islas Eolias, que llevan su nombre, están situadas en una región notoria por la violencia y la diversidad de sus vientos.

Al parecer, esta componenda fue aceptada de mala gana por los sacerdotes de Zeus y Poseidón, quienes se oponían a la creación de nuevos dioses, y sin duda también por los adoradores conservadores de

Hera, que consideraban a los vientos como propiedad inalienable de la diosa.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. I, p. 199-200]

«En la Edad del Hierro, que comenzó hacia el 1250 a.C., el mito de la Edad del Bronce de la diosa madre y su hijo-amante no murió a pesar del culto formal al gran dios padre. Persistió bajo diferentes formas en Egipto, Anatolia, Siria, Palestina, Grecia y Roma hasta encontrar una nueva expresión en los cultos místicos de Egipto, Grecia y Roma y, finalmente, en el cristianismo.

No es mera coincidencia que Anatolia y Siria, así como Alejandría y Roma, fueran las áreas más receptivas a las tradiciones gnósticas y ortodoxas del cristianismo. Lo duradero del culto a la gran diosa y a su hijo-amante en estos lugares, junto con los misterios que allí se celebraban, explica en gran medida por qué fue así. En todos los lugares en los que el culto de Cibeles estuvo más arraigado, desde Anatolia y Siria hasta Europa occidental, floreció también la adoración a María.» [Baring, 2005: 445]

HERACLES Y AQUELOO – TESEO Y EL MINOTAURO

«La lucha de Heracles con Aqueloo, como la de Teseo con el Minotauro, debe ser interpretada como parte del ritual del casamiento regio. El Toro y la Serpiente representan al año creciente y menguante —«el toro que es el padre de la serpiente, y la serpiente cuyo hijo es el toro»— y a ambos dominaba el rey sagrado.

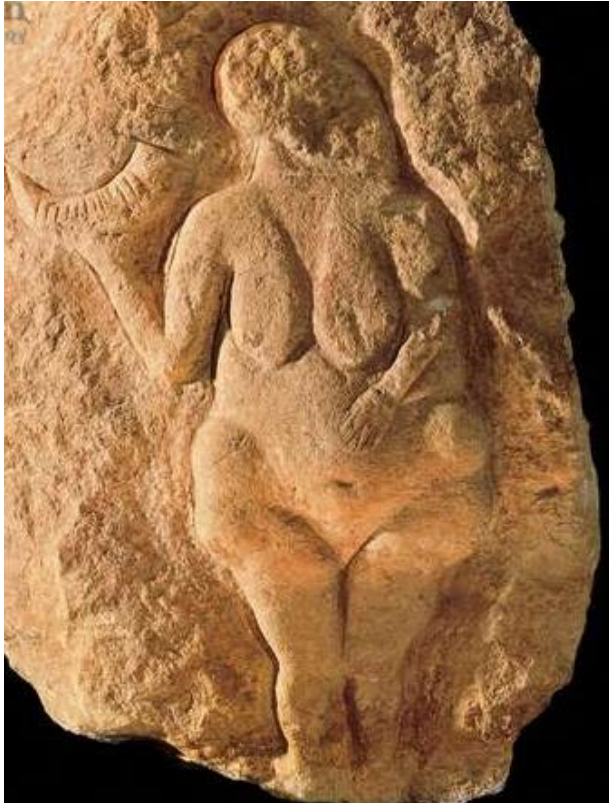
Un cuerno de toro, considerado desde los tiempos más primitivos como la sede de la fertilidad, hacía rey al candidato a la dignidad regia que lo asía cuando luchaba con un verdadero toro o con un adversario con máscara de toro.

El héroe babilonio Enkidu, mellizo mortal de Gilgamesh y devoto de la Reina del Cielo, asió al Toro del Qelo por los cuernos y lo mató con su espada; y la conquista de una cornucopia era un trabajo nupcial que se impuso al héroe gales Peredur en el Mabinogion.

En Creta, el culto del toro había sucedido al de la cabra montés, cuyo cuerno era igualmente potente. Pero parece que la ilustración que mostraba esta pugna ritual fue interpretada por los griegos como una ilustración de la lucha de Heracles con el río Aqueloo: a saber, la represa y el desagüe del Paraqueloitis, un trayecto de tierra formado con el aluvión del Aqueloo, que había ido uniendo lentamente las islas Equínades con la tierra firme; y la consiguiente recuperación de una gran zona de tierra de labrantío. Se atribuía con frecuencia a Heracles proezas de ingeniería como éstas (Estrabón: x.2.19; Diodoro Sículo: iv.35).

El sacrificio ordenado por el oráculo de Dodona difícilmente pudo haber sido para el río Aqueloo; más probablemente se le impuso a Aquelois, la diosa Luna “que ahuyenta el dolor”.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. II, p. 245]

LOS CUERNOS DEL TORO Y LA REGENERACIÓN DE LA VIDA



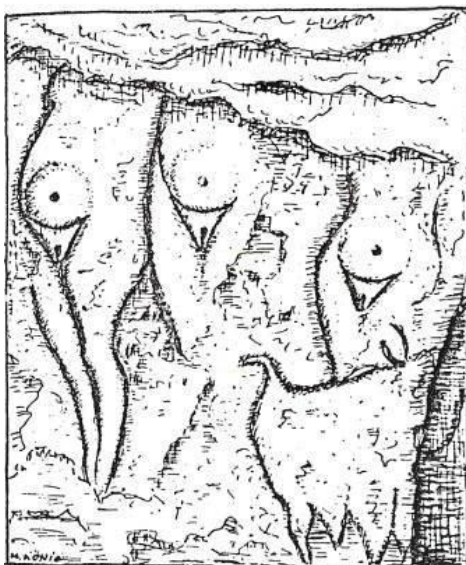
La "Venus de Laussel" o "Dama del Cuerno", (Dordoña, Francia), de unos 50 cm de altura, de una antigüedad de 25.000 años.

«Las caras de la luna cambian de un modo siempre constante. Los dos términos, el fijo y el variable, proporcionan la primera noción de secuencia, medida y tiempo.

Este significado de la luna aún persiste en nuestro lenguaje: el griego *mene* significa 'luna', el latín *mensis* 'mes', y *mensura* 'medida', de donde proviene el nombre del ciclo menstrual.

Los cambios de la luna hicieron posible medir por primera vez períodos de tiempo que superasen el día (que podía calcularse por el sol).» [Baring, 2005, p. 37 ss]

«¿Eran las Venus de los búfalos de Laussel, como dueñas de los animales, de quienes los chamanes o los cazadores recibían los recipientes para almacenar la sustancia de la vida, es decir, la sangre y el ocre rojo, con cuya ayuda podían resucitar a los animales muertos? Entonces el cuerno sería un precursor del posterior cuerno de la abundancia, y con él la dueña de los animales habría dado a los humanos el poder de renovar la vida.» [Duerr, Hans Peter: *Sedna oder die Liebe zum Leben*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1984, p. 94]



Existe una trinidad de figuras femeninas que se halló en la cueva de Abri du Roc aux Sorciers, en Angles-sur-l'Anglin, fechada entre los años 13.000 y 11.000 a.C. Tres enormes figuras esculpidas en la roca de la cuera, resaltándose de forma definitiva su capacidad para dar a luz y desapareciendo de la vista sus cabezas y la parte superior de sus cuerpos.

Las tres se hallan de pie sobre un bisonte, lo que recuerda a la "Venus de Laussel", que sujeta el cuerno de bisonte como imagen de la luna creciente. ¿Son estas las tres fases visibles de la luna? [...]

Los cuernos del bisonte y del toro, con la forma de la curva de la luna creciente, puede que simbolizaran las fuerzas regeneradoras de la vida, que más tarde tomarían una forma masculina como toro o como dios. Es posible que el mito de la Edad de Bronce que relacionó el toro con la muerte y la resurrección cíclica de la fuerza vital a través de la luna se originase en esa época, y que primer hubiese adoptada la imagen de la diosa que sujeta en la mano un cuerno de bisonte. Los mitos posteriores sumerios, egipcios, minoicos y griegos escenifican al todo como "hijo" de la diosa madre, y a menudo se sacrificaba un toro verdadero como epifanía del hijo que regresa a la madre con el objeto de renacer, renovando de esta manera la fuerza vital que encarnaba.» [Baring, 2005, p. 37 ss]

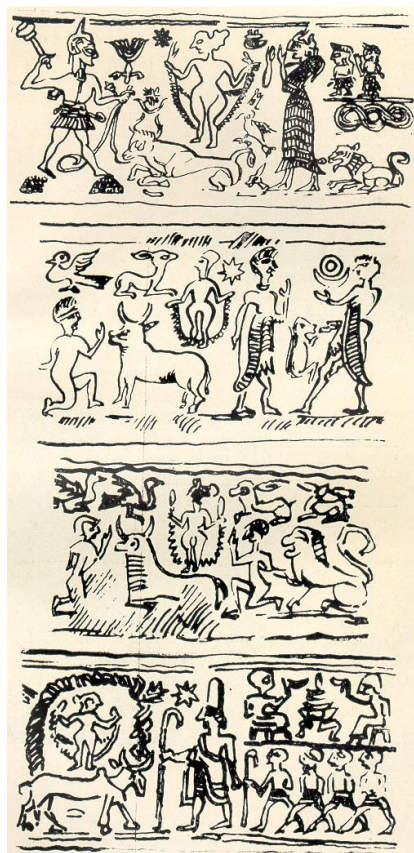
EL JABALÍ Y LA LUNA



«Los jabalíes estaban consagrados a la Luna a causa de sus colmillos en forma de media luna y parece que el heredero que mataba y castraba a su mellizo el rey sagrado se disfrazaba de jabalí cuando lo hacía.»

[Graves, 1985, vol. II, p. 143]

LA PERPLEJIDAD DE ÁLVAREZ DE MIRANDA



Álvarez de Miranda centra su interpretación "en la magia específica del toro como fecundador y que se produce especialmente como transmisión a los seres humanos de la potencia genética depositada en el fecundador" (ver cita más abajo). Basado en esta idea, manifiesta su perplejidad ante la figura femenina "desnuda que sostiene con las dos manos una especie de guirnalda, que al mismo tiempo le sirve como silla a modo de columpio; debajo de ella se ve un toro de pie o tumbado". El toro no exhibe en ninguna de las escenas sus genitales. Las aves y el conejo serían los símbolos más adecuados de fecundidad. Queda la interpretación de la guirnalda, que podría ser una reminiscencia de la idea dominante desde el Paleolítico: el toro como símbolo lunar (por la similitud de su cornamenta con las fases lunares) y, por tanto, símbolo de la vegetación (guirnalda) que cada año muere para volver a regenerarse.

Cilindros procedentes de las regiones de Siria bajo la influencia hitita, de finales del segundo milenio, y que los orientalistas incluyen en el capítulo de la glíptica sirio-hitita.

«Este elemento de sacrificio en los ritos sacrificiales del toro mitraico y las religiones místicas es de por sí extraño a la magia específica del toro como fecundador, que aquí intentamos localizar, y que se produce especialmente como transmisión a los seres humanos de la potencia genética depositada en el fecundador: el toro; transmisión que, como hemos visto en la religiosidad egipcia, se puede producir sin que sea necesario el sacrificio del animal: sólo con el contacto o relacionándose con él.

También en el mundo religioso del Asia Menor parece que existen huellas de esta peculiar magia del toro. Una imagen de toro fenicio, en cuya frente está grabado un *phallus* de claro tipo humano, entra plenamente dentro de la categoría del toro como depositario de energía generatriz, que se puede extender desde el reino meramente zoológico al sector humano.

Hemos visto en el mundo egipcio la especial relación de la mujer con el toro, siempre dentro de esta concepción del carácter sexual. También en la religión micro-asiática existen monumentos de esta índole que parece no han sido suficientemente valorados desde el punto de vista de la magia del toro.

Se trata de diversos cilindros procedentes de las regiones de Siria sometida a la influencia hitita, que parecen fecharse a finales del segundo milenio, y que los orientalistas incluyen en el capítulo de la glíptica sirio-hitita.

El elemento central de ellos consiste en una figura femenina desnuda que sostiene con las dos manos una especie de guirnalda, que al mismo tiempo le sirve como silla a modo de columpio; debajo de ella se ve un toro de pie o tumbado.

Es difícil darle una interpretación exacta al significado concreto de la guirnalda sostenida por la doncella, y que parece servirle, unas veces, como asiento de un columpio, y otras, como una cuerda para saltar.

Si la escena es de carácter narrativo, se tendría aquí la reproducción de una *saltatio femenina* y ritual no muy diferente de la *circumbalatio* femenina, alrededor del toro, en las fiestas de Min, y semejante también el gesto oferente, poco antes citado, que la mujer realiza delante del dios Apis, exhibiendo sus αἰδοῖα αἰδοῖα ('genitales') al animal genésico en busca de fecundidad.

La significación de esta escena será necesario buscarla en la zona simbólica, considerándola como una simulación destinada a poner en contacto la mujer *in imagine* con el animal que posee los atributos de fecundación. El sentido mágico se encuentra en la zona de la fecundidad.

Pensando en la extraña actitud de la mujer desnuda que, al parecer, salta con la guirnalda, se ha creído que quizá esta escena lleva a la esfera del juego. Pero se tiende a ver en la figura femenina desnuda la magia de la fecundidad.

Sería injusto no reconocer que, a primera vista, esta representación parece ofrecer espontáneamente el aspecto de un juego.

Interesa aquí especialmente resaltar esta fisionomía equívoca de un *rito que parece un juego*, cuyos protagonistas son el toro, la mujer desnuda y (a veces) un hombre, reunidos en una escena, real o simbólica, cuyo sentido central se inspira en la magia de la fecundidad.» [Álvarez de Miranda, Ángel: *Ritos y juegos del toro*, p. 165 ss]

RITUAL DE SACRIFICIO Y LOS MISTERIOS – SACRIFICIO DEL TORO

Los ritos de Cibele se celebraban en las calles de Roma en un ambiente orgiástico, incluyendo la autoflagelación y la autocastración durante el trance.

En el marco de estos ritos se sacrificaba un toro o carnero en un ritual llamado *taurobolium* o *crinobolium*: el iniciado o el sumo sacerdote o sacerdotisa de Cibele se colobana debajo de la plataforma y la sangre del animal sacrificado caía sobre él empapándolo.

Los sacerdotes y las sacerdotisas de Cibele en Grecia y Roma no eran ni griegos ni romanos, provenían de Asia Menor, lugar de origen de Cibele. Los romanos despreciaban la forma afeminada de vestir y de actuar de los sacerdotes castrados, que con largos cabellos y extraña vestimenta acompañaban a la diosa en las procesiones al son de flautas, gaitas y panderetas.

En el antiguo Testamento se puede leer que estas mismas prácticas se daban en Canaán. Según el profeta Elías, los sacerdotes de Baal “gritaban, hiriéndose con cuchillos y lancetas hasta chorrear sangre”, el fluir de la sangre significaba para ellos la lluvia que haría renacer la vegetación y crecer la cosecha.

«Los cretenses y micénicos utilizaban sangre de toro, muy diluida en agua, como un elemento mágico para fertilizar las mieses y los árboles; sólo la sacerdotisa de la Madre Tierra podía beberla pura sin envenenarse.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. II, p. 319]

«Los rituales de sacrificio en la Edad del Hierro son uno de los rasgos religiosos más sorprendentes. El sacrificio del toro es común a todas las culturas y se ofrecía para la regeneración de la vida. Más tarde se convierte en una acción propiciatoria o de acción de gracias. Bajo esta forma se menciona una y otra vez en la *Ilíada*. El sacrificio del toro o del macho cabrío sustituyó al sacrificio humano.

En los Misterios encontramos un concepto de sacrificio totalmente nuevo. Los Misterios eran ritos secretos que atraían a muchos hombres y mujeres que buscan un significado más profundo de la existencia que el que les proporcionaba la religión oficial del Estado. Los terribles rituales de sacrificio de la arena romana llevaban a masas a participar en una orgía

de sed de sangre, y los rituales de flagelación y castración en la histeria de las procesiones anuales de Cibeles atraían a muchos. Pero otros buscaban una forma diferente de vivir el sacrificio. El antiguo sacramento del banquete ritual descrito por Harrison, relacionado con los ritos órficos y dionisiacos (los participantes comían la carne cruda del dios en forma de un toro sacrificado, creyendo que ingerían el maná del dios), fue sustituido por otro ya no cruento.

Los Misterios constituyeron la raíz de las sectas gnósticas antes y después del comienzo de la era cristiana. Parece como si la antigua visión de la vida sobreviviera, de alguna manera, en las Edades del Bronce y del Hierro para volver a aparecer en los misterios.

El "día de la sangre" (*diez sanguinis*) simbolizaba la muerte o sacrificio del estado anterior. La Hilaria, o día de la alegría, celebraba el regreso o ascenso del alma a su fuente. El hijo "nacido" del matrimonio sagrado entre el iniciado y la diosa era a la vez la imagen de la vida regenerada en la tierra y la propia regeneración espiritual del iniciado. El sacrificio interno y simbólico del miedo a la muerte liberaba al iniciado de la concepción de la vida y la muerte como opuestos irreconciliables.» [Baring, 2005: 469 ss]

Se conoce por taurobolio a un rito de los misterios de Cibeles y Atis en el que se sacrifica un toro. En un principio, significaría la caza de un toro salvaje, quizá a lazo, para un sacrificio ulterior a una divinidad. Posteriormente el término designó el degüello de un toro y el baño del toro en su sangre conforme a un determinado ritual:

«Se colocaba al novio o neófito en un hoyo cuya boca cubrían con un enjaretado de madera. Sobre este situaban a un toro adornado con guirnaldas y le frente resplandeciente con laminillas de oro. Allí lo mataban a lanzadas y su sangre vaheante caía a chorros por los agujeros, siendo recibida con devoción anhelosa por el adorador, que con el cuerpo y el vestido empapados salía del hoyo, goteando y enrojecido de pies a cabeza, para recibir el homenaje de sus compañeros como quien ha resucitado a la vida eterna y lavado todos sus pecados.» [Martínez Laseca, J. M.: *Labrantíos*, 1986]

SACRIFICIO DEL HIJO-AMANTE O SU SUSTITUTO EL TORO

Drama ritual estacional de sacrificio que se ejecutaba en los patios del templo.



Sacrificio de un rey o hijo-amante (sello, 2330 a.C.). Puede ser la representación del sacrificio ritual de Dumuzi. Los sacerdotes, vestidos con pieles de animales, se disponen a golpear al rey. A la izquierda se ve una gacela y a la derecha un ave. El rey está a punto de ser enviado al inframundo. En la escena contigua, el rey regresa del inframundo.

«Del mismo modo que el matrimonio sagrado ritualizaba la sexualidad y la experiencia extática de la vida, el sacrificio del hijo-amante ritualizaba el polo opuesto de la experiencia humana, la pérdida de la vida. El sacrificio del dios joven encarnaba la fase oscura del mito lunar de la diosa. En él, tenía que descender al inframundo para que se produjese la regeneración de la tierra, pero siempre con la promesa de regresar en el nuevo ciclo vital.

El hijo-amante de la diosa desempeña un papel pasivo en las versiones sumeria y babilónica del descenso. En la versión sumeria los emisarios del mundo subterráneo apresan a Dumuzi por orden de Inanna y contra su voluntad, en calidad de sustituto de la propia diosa. En la versión babilónica del mito, Istar desciende al mundo subterráneo para rescatar a Tamuz y despertarlo de su sueño. El motivo del dios durmiente puede encontrarse en otra versión del mito en la que el dios (Enki) está dormido en el inframundo y tiene que ser despertado por su madre, Nammu. En el mito del descenso de Inanna, cuando regresa al mundo superior, los *galla* o “demonios” del inframundo exigen que se les entregue otro en lugar de ella.

Muchos de los bellos lamentos de la literatura sumeria y babilónica están inspirados en la congoja de Inanna-Istar, la madre, esposa y hermana de Dumuzi-Tamuz. Los ritos de duelo y bienvenida al dios resucitado son virtualmente los mismos en ambas culturas. De ahí se pueden haber extendido por todo el Próximo Oriente y el Mediterráneo. En todas partes se celebraba ritualmente el mismo rito de la diosa virgen cuyo hijo-amante muere una muerte de sacrificio y resucita después de que ella parta al inframundo en su búsqueda.

La dificultad que suponía despertar al dios de su sueño y devolverlo a la vida era parte del drama ritual. Resulta de gran interés el descubrir que estas imágenes reaparecen en el gnosticismo de los primeros siglos de la era cristiana, cuando el alma tiene que ser “despertada” de su sueño en el “inframundo” de la tierra para que pueda volver a su “hogar” en el mundo celestial. La iconografía del mito arcaico se traspone así al contexto del alma humana.» [Baring, 2005: 257 ss]

«El mito de la gran madre que se une a su consorte para después sacrificarlo en rito del matrimonio sagrado puede verse claramente en el relato de Acteón, que era cazador y vio a Ártemis mientras esta se bañaba. Ártemis lo castigó convirtiéndolo en ciervo.

Como consecuencia, los perros de Acteón, incapaces de reconocer a su amo, lo despedazaron. Su madre, Autónoe, asumió el papel de Isis para con Osiris, reconstituyendo su cuerpo desmembrado, volviendo a unir los huesos de su hijo.

Un relato más antiguo pudo ser el de la unión y posterior desmembramiento del matrimonio mítico entre Ártemis como cierva y su hijo-amante como ciervo.» [Baring, 2005: 384]

RITOS DE FERTILIDAD – EL TEMA DE LA FECUNDIDAD

«El aspecto de la fertilidad y de la fecundidad es, a menudo, malinterpretado o sobreinterpretado. Los actos mágicos o de culto, que en sí mismos dan la impresión de estar destinados a aumentar la fertilidad del ganado o de los campos, suelen formar parte de actos de culto más amplios o se complementan con un mito que deja claro que, en última instancia, el culto es la repetición de un acontecimiento primigenio necesario para mantener el orden cósmico.

Las religiones del Cercano Oriente prehistórico se describen generalmente como "cultos de la fertilidad, que en un principio se centraban en una deidad concebida y representada como femenina". También para Mellaart es cierto que el deseo de fertilidad era el motivo religioso dominante en el imaginario del Neolítico anatolio. Las burdas figuras femeninas incrustadas en las paredes servían supuestamente para asegurar la fertilidad en la casa, la figura de la mujer sentada en un trono, encontrada en los almacenes de grano, tendría por objeto asegurar el aumento del grano, y la parte masculina de la fertilidad estaría representado por el carnero y el toro.

Leroi-Gourhan (1911-1986) ya había criticado estas interpretaciones tan simplistas: "Lo que se ha dicho sobre la diosa de la fertilidad es banal y no explica nada: que la fertilidad se considere un fenómeno deseable se aplica a todas o casi todas las religiones."

La etnología y los estudios religiosos solían asumir que la magia de la fertilidad desempeñaba un papel decisivo en las religiones de las llamadas culturas primitivas. Mediante prácticas mágicas, se suponía que las fuerzas de crecimiento de la naturaleza se transferían a los humanos a través de hechizos de simpatía o analogía o, a la inversa, se suponía que el efecto de mejora de la fertilidad de un ídolo se transfería a la naturaleza.

En la actualidad, las diversas ceremonias de fertilidad se consideran en el contexto más amplio de la vida espiritual y cultural de un grupo étnico. Como pudo demostrar Jensen, la ceremonia aparentemente mágica para aumentar la fertilidad de los campos es un acto ritual significativo relacionado con un importante mito primitivo. En el primer plano de la acción no está el deseo de aumentar la fertilidad de los campos o del ganado, sino la repetición ritual de un acontecimiento mítico primigenio para mantener el orden cósmico.

Además, en la mayoría de las culturas, la fertilidad excesiva de las mujeres no es un objetivo deseado. Se sabe que muchos pueblos practican el control de la natalidad, desde la anticoncepción hasta el asesinato de los recién nacidos.

En otros pueblos, ciertas costumbres, como la lactancia de los niños durante varios años, la convivencia de la madre y el niño en su propia casa, excluyendo al padre, o la prohibición del matrimonio para ciertas

clases de la población impiden que nazcan demasiados niños. Mellaart pudo determinar, a partir del número de personas enterradas en sus casas, que las familias de Çatal Hüyük no eran demasiado numerosas.

Los primeros agricultores no conocían ningún rito cuyo único objetivo fuera aumentar la fertilidad o la capacidad de procreación. Más bien se podría pensar en su uso en un ritual relacionado con la iniciación.

En la Grecia clásica, el miembro viril erecto se consideraba un atributo tanto de dioses como Hermes, Príapo y Dionisio como de seres naturales como los sátiros. Como señala Heiler, en las llamadas sociedades primitivas el falo, "portador del poder procreador", es sagrado como "representante de la vida contra las fuerzas de la destrucción".

Los falos se portaban públicamente en las fiestas de Dionisio, así como en la fiesta de la fertilidad romana.» [Wunn, Ina: *Götter, Mütter, Ahnenkult. Neolithische Religionen in Anatolien, Griechenland und Deutschland*. Diss. Universität Hannover, 1999]

La Gran Diosa encarnaba el principio creativo como fuente dispensadora de todo. El elemento masculino, humano y animal, representaba poderes espontáneos que estimulaba la vida, pero que no la generaba y estaba sometido a la muerte como condición necesaria de su regeneración, lo mismo que la vegetación.

«La vida eterna es el retorno de la vegetación sólo a costa de morir una y otra vez. No es el individuo el que sobrevive.» [Klaus Heinrich: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Skript (1981) zur Vorlesung an der Freien Universität Berlin 1978-1979, p. 98]

«Una teoría primitiva de que los niños eran reencarnaciones de los antepasados difuntos que se introducían en las matrices de las mujeres como súbitas ráfagas de viento, subsistía en el culto erótico de la diosa Yegua, y la autoridad de Homero pesaba lo suficiente para que los romanos cultos siguieran creyendo, con Plinio, que las yeguas españolas podían concebir volviendo sus cuartos traseros al viento (Plinio: *Historia natural* IV.35 y VIII.67).

Varrón y Columela mencionan el mismo fenómeno, y Lactancio, a fines del siglo III d. de C., hace de él una analogía de la fecundación de la Virgen por el Espíritu Santo.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. I, p. 211]

«Entre los cheyennes, como entre muchos pueblos, la relación entre el hombre y la mujer es una condición necesaria pero no suficiente para el surgimiento de un nuevo ser humano, ya que el *alma* del ser humano no proviene ni de su madre ni de su padre, sino de Maheo, el Gran Espíritu.

La mujer es el "recipiente" en el que el poder divino del Gran Espíritu se transmite al hombre.» [Duerr, Hans Peter: *Sedna oder die Liebe zum Leben*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1984, p. 20]

LA GRAN DIOSA MEDITERRÁNEA Y EL TORO

«Sobre el culto a la luna, tan vinculado a la Magna Mater en otros lugares del mediterráneo, hay indicios entre las tribus del norte, los lusitanos, los celtíberos y los habitantes de la Bética.

La veneración por el astro, apoyada por J. Blázquez y J. Caro Baroja entre otros, se ha basado en comentarios de escritores antiguos.

Estrabón afirma: "los celtíberos y los otros pueblos que lindan con ellos por el norte, todos los cuales tienen cierta divinidad innominada a la que, en las noches de luna llena, las familias rinden culto danzando, hasta el amanecer, ante las puertas de sus casas".

Ptolomeo notifica la existencia de una isla dedicada a la luna, en el noroeste peninsular.

L. Caro Baroja y B. Taracena consideran estos indicios como suficientes para poder hablar de una divinidad lunar cuyo nombre era tabú.

Es significativo que en el vascuence actual los términos que designan a la luna o a sus derivados (illargui = luna; illa = mes; illabete = luna llena; ilberri = luna nueva; ilgora = cuarto creciente; ilbera = cuarto menguante) procedan de un tabú de vocabulario, desconociéndose el nombre primitivo que los vascos daban al astro.

Además, los lingüistas interpretan la palabra "ilargui" con un significado de muerte que enlaza a la luna, como en el resto del Mediterráneo, con el mundo funerario. Posibles acepciones son "luz de mes" "luz de oscuridad", luz durmiente o muerta", "luz muerta o de difuntos", luz de muerte, luz de difuntos".

También Avieno hace referencia a una isla mediterránea, cercana a Málaga, dedicada por los tartesios a noctiluca (la luz nocturna). Tanto Avieno como Estrabón mencionan un santuario próximo a Sanlúcar de Barrameda, consagrado a "lux divina" donde se ha querido ver un culto lunar.

Para J. Caro Baroja se trata de la estrella Venus, aunque no descarta que la veneración por ambos planetas fuera absorbida por una divinidad del tipo de la diosa griega del amor o de la Astarté fenicia.

J. Bermejo admite la existencia de un culto y de una mitología lunar en el área turdetana, pero lo rechaza entre otros pueblos prerromanos. Los testimonios aquí expuestos indican, según el mismo autor, el conocimiento de signos y presagios en relación con el astro.

La conexión de la luna con el ámbito funerario se hace patente en las representaciones de ciertas estelas procedentes, sobre todo, de la mitad norte peninsular.

Indicio y supervivencia de la asociación del astro con los valores maternos pueden ser los numerosos y modernos amuletos en forma de creciente, utilizados por mujeres lactantes y niños de pecho, en las áreas de Cáceres

y Toledo. Su finalidad es la protección contra el "alunado" o enfermedad producida por la luna (molestias gástricas y cutáneas).

Estos talismanes se colocan en forma de pendientes, colgantes y prendedores en la ropa o en contacto con el cuerpo del enfermo. Los modelos, tamaños y materiales son diferentes y la mayoría tienen origen local, aunque también los hay de fabricación industrial.

Los más simples son sencillas medias lunas, los más sofisticados representan perfiles humanos y se adornan con calados, higas, cruces, etc.» [Delgado Linacero, 1996: 347 ss.]

EL TORO EN EL NEOLÍTICO

El binomio diosa madre y el toro es un símbolo atestiguado en todo el Oriente Próximo, en las costas adriáticas, en Creta, Chipre, Malta y Macedonia desde del sexto al primer milenio. Los símbolos y los ideogramas prueban la existencia de rituales.

El símbolo de la mujer y el toro preceden al descubrimiento de la agricultura en el Neolítico. En el Paleolítico, el toro como representación del mundo vegetal, era símbolo del proceso de vida-muerte que es la base de la regeneración de la vida.

El toro siempre conservó esta relación con la muerte como una fase necesaria de la regeneración de la vida.

Con el descubrimiento de la agricultura, la regeneración de la vida se concentra en la semilla que hay que enterrar para que vuelva a germinar y en la importancia del poder genesiaco de los machos para la reproducción de los animales.

El toro, como símbolo lunar, por el parecido de su cornamenta con las fases lunares, comenzó a ser asociado con el mundo solar. Para las sociedades agrícolas del Neolítico, la función fecundadora del sol y la fuerza genesiaca del toro eran la garantía de la regeneración de la vida.

«El conjunto cielo lluvioso-toro-gran diosa constituía uno de los elementos de unidad de todas las religiones protohistóricas del área euroafroasiática. Indudablemente, aquí se acentúa la función genésico-agraria del dios taumomorfo de la atmósfera.

Lo que ante todo se venera en Mind, Ba'al, Hadad, Teshup y otros dioses taurinos del rayo, esposos de la gran diosa, no es su carácter celeste, sino sus posibilidades fecundadoras.

Su sacralidad deriva de la hierogamia con la madre agraria. Su estructura celeste se valora por su función genésica.

El cielo es, ante todo, la región donde "muge" el trueno, donde se forman las nubes y se decide la fertilidad de los campos, es decir, la región que asegura la continuidad de la vida sobre la tierra.» [Eliade, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*. Madrid, 1981, p. 110]

EL MUNDO SOLAR

«La Luna valoriza religiosamente el devenir cósmico y reconcilia al hombre con la Muerte. El Sol, por el contrario, revela otro modo de existencia: no participa en el devenir; siempre en movimiento, permanece inmutable, su forma es siempre la misma. Las hierofanías solares traducen los valores religiosos de la autonomía y la fuerza, de la soberanía y la inteligencia. Por eso en ciertas culturas asistimos a un proceso de solarización de los Seres supremos.

Muchas mitologías heroicas son de estructura solar. El héroe es asimilado al sol; como el sol lucha contra la oscuridad, desciende al reino de la muerte y emerge victorioso. Aquí la oscuridad ya no es uno de los modos de existencia de la divinidad, como sucedía en las mitologías lunares; por el contrario, simboliza todo lo que el dios no es, y por lo tanto el adversario *par excellence*. La oscuridad ya no se valora como una fase necesaria en la vida cósmica; desde la perspectiva de la religión solar se opone a la vida, a las formas y a la inteligencia. En algunas culturas las epifanías luminosas de los dioses solares se convierten en el signo de la inteligencia. Al final, el sol y la inteligencia se asociarían hasta tal punto que las teologías solares y sincréticas finales de la antigüedad se convirtieron en filosofías racionalistas; el sol es proclamado como inteligencia del mundo.» [Mircea Eliade: *Lo sagrado y lo profano*, 1967, p. 154-155]

El dios joven era primero el hijo-amante de la diosa y él mismo era el dios de la fertilidad. En la Edad del Hierro el dios joven se transforma en el dios padre celeste. A medida que la imagen solar del dios se hace más resplandeciente, la imagen lunar de las diosas ve quedando eclipsada.

LOS CUERNOS DEL TORO Y EL TORO CELESTE

«El drama meteorológico no es siempre ni necesariamente expresado por una divinidad celeste; el conjunto rayo-tormenta-lluvia ha sido considerado a veces como una hierofanía de la luna. Los cuernos del toro fueron desde los tiempos más antiguos comparados a la luna creciente, y asimilados a ella. Las divinidades lunares del Mediterráneo oriental eran representadas por la forma de un toro e investidas de los atributos taurinos. Así, por ejemplo, el dios babilónico de la luna, Sin, era llamado “el poderoso becerro de Enlil”, mientras que Nannar, el dios de la luna de Ur, era calificado de “poderoso joven todo del cielo, el hijo más notable de Enlil” o “el poderoso, el joven toro de cuernos robustos”. En Egipto, la divinidad de la luna era “el toro de las estrellas”.» [Eliade, 2004: 206]

«¿Por qué era representado Yahveh por un toro? El culto al toro se había extendido en todos los países durante siglos. Los egipcios conocían al dios Apis, quien siempre estuvo representado en forma de toro con el disco solar entre los cuernos. Ramsés II incluso había construido, cerca de la antigua capital Memphis, un sistema de criptas subterráneas de casi 200 m de largo, el Serapión, excavado en la roca para conservar los oros

sagrados momificados. La diosa Hathor también era representada con cuernos. Porque, en realidad, no era el toro, sino sus cuernos lo más importante en el culto al toro. Los pueblos del Mediterráneo oriental, desde los antiguos hititas hasta los egipcios, tenían altares con cornamenta de toro o incluso toda una serie de cuernos en el centro. Los reyes y los dioses llevaban tocados adornados con uno o más pares de cuernos, como los cascos de los antiguos teutones. Es cierto que más tarde se colocaron cuernos incluso en el altar de Yahvé. El cuerno del toro y su simplificación simbólica fue alcanzando tan destacada importancia que el signo correspondiente sigue liderando el alfabeto hasta nuestros días (la letra "a" procede de "Apis", el toro egipcio).

La mayoría de las veces, sin embargo, el toro se ha asociado con el culto a la fertilidad. Así, se creía que el becerro de oro era una prueba de que los israelitas se habían alejado, habían renegado de Yahvé porque no era un dios de la fertilidad y, por lo tanto, no se podía representar con un toro. Pero eso es tan erróneo como la idea, casi imposible de erradicar, de que el toro es un símbolo de fertilidad. Los gatos y los perros, sin mencionar los ratones, son sexualmente mucho más productivos, aunque el órgano sexual de un toro sea definitivamente más impresionante. Pero si el culto al toro estuviera basado en el órgano de la procreación, el falo sería el símbolo más adecuado, en lugar de la cabeza con los cuernos.

Sin duda, el cuerno de toro también representa la luna creciente, que indica la muerte y resurrección de la luna. En este sentido, Apis era el dios de la fertilidad: no se trataba de garantizar una rica descendencia, sino, en el sentido del culto a Osiris, de la idea de que la vida surge de la muerte como una semilla que muere para convertirse luego en una planta.

Los dioses de otros pueblos muestran que el toro y el cuerno de toro no eran necesariamente símbolos puros de fertilidad, sino que también estaban conectados con ideas y asociaciones completamente diferentes. Así, entre los hititas, el toro no estaba asignado al dios de la fertilidad Telipinu, sino al dios del cielo. El toro sumerio-acadio es un toro que no tiene nada que ver con la fertilidad ni con la luna. En la epopeya del Gilgamesh, el legendario rey de Uruk (2750-2600 a. C.), su mayor hazaña fue agarrar y matar al toro "que había descendido del cielo" y sembrado el terror y el miedo. De hecho, fue un acto de heroísmo matarlo. [...]

En un tercer mito babilónico, se describe nuevamente un evento en el cielo que causa daño y nuevamente se busca un héroe para derrotarlo. El evento se describe como una serpiente, como "Labbu". La serpiente celeste y el toro celeste se describen con las mismas características. Incluso el carácter del toro enfurecido reaparece en la palabra "Labbu", que proviene del asirio "Lababu", que significa "enfurecerse". De modo que Labbu sería un animal feroz como el toro en el "labyrintho" minoico. Este Labbu también se puede encontrar en el hebreo "Leviatán", "la serpiente fugaz, la serpiente enroscada", que Isaías describe como un

dragón y corresponde al Tifón griego. El toro y la serpiente celestes aparecen en numerosos mitos de diferentes pueblos.

La descripción del Labbu en particular sugiere la idea de que se trata de la visión de un cometa en esta serpiente celeste de "50 millas de longitud". La Biblia también menciona el "brazo fuerte de Dios", que se podía ver en una columna de nubes durante el día y en una columna de fuego brillante durante la noche, en relación con las diez plagas.

Los primeros humanos describieron la aparición de los cometas según su apariencia como serpiente, rayo luminoso, cuerno, toro o brazo; los chinos preferían, claramente, ver en ello serpientes y dragones, mientras que en el Mediterráneo el cuerno, el símbolo del toro, se convirtió en el centro del culto. Que sea una serpiente o un toro depende de cómo se mire un cometa: si el cometa pasa de lado, aparece como una serpiente de fuego o un cuerno. Pero cuando se acerca al espectador o se aleja de él, parece más una esfera de la que sobresalen dos colas opuestas como cuernos. [...]

Pero si fuera cierto que Moisés y los israelitas siguieron a un cometa como el "brazo fuerte de Yahveh", entonces habría tenido sentido identificar a este Yahveh en la ambigüedad entre cuerno y rayo luminoso con un toro. Eso también haría comprensible, en la escena del becerro de oro, por qué los israelitas celebraron la imagen del toro de oro con las siguientes palabras: "Todos se quitaron los arillos de oro que llevaban en las orejas y se los trajeron a Aarón. El recibió de sus manos, hizo un molde, y en él un becerro fundido, y ellos dijeron: "Israel, ahí tienes a tu dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto. Al ver eso Aarón, alzó un altar ante la imagen y clamó: "Mañana habrá fiesta en honor de Yahvé" (Ex 32,3-5).

Con ello daban a entender que ese era Yahvé cuyo brazo fuerte los había sacado de Egipto, pero cuya columna de nubes y fuego aparentemente había desaparecido, de modo que el becerro de oro los guiaría a partir de ahora. "Toro es Yahvé", se lee en un fragmento de cerámica que se encontró cerca de Nablus en el Siquem bíblico, y Jeroboam, el primer rey del reino del norte de Israel (926-907 a. C.), hizo dos toros de oro y dijo: "Hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: "Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén; ahí tienes a tu dios, Israel, el que te sacó de la tierra de Egipto" (1 Reyes 12:28).

La imagen del toro como analogía mágica no ha prevalecido. Pero los cuernos de toro quedaron como un viejo recuerdo. El arca, el santuario de los hijos de Israel, estaba adornada con cuernos de toro.» [Lehmann, 1983: 182-187]